



EPOCA 4.^a — AÑO XII. — TOMO X.

NÚMERO 35. — Madrid 15 de Diciembre de 1887

NUMERO SUELTO, DOS REALES.

PRECIOS DE SUSCRICIÓN	
MADRID Y PROVINCIAS	
Tres meses.....	16 rs.
Seis meses.....	30 "
Un año.....	60 "
CUBA Y PUERTO-RICO	
Seis meses.....	2 1/2 ps. fs.
Un año.....	4 "

PROPIEDAD
DEL ASILO DE HUÉRFANOS
DEL
SAGRADO CORAZÓN DE JESÚS

PRECIOS DE SUSCRICIÓN	
EXTRANJERO	
Seis meses.....	11 fr.
Un año.....	21 "
FILIPINAS Y AMÉRICA	
Seis meses.....	3 ps. s.
Un año.....	5 "

SUMARIO

TEXTO. — *La Decena*, por Manuel Ossorio y Bernard. — *Los grabados*. — *Documento episcopal*. — *La casa paterna*. — *La profesión*, por Alfredo Boccherini y Calonge. — *¿Qué sería?* por Luis Coloma. — *Santa María de Ripoll*, por J. Mañé y Flaquer. — *La lámpara de la torre*, por J. E. Hartzenbusch. — *Un viaje de la Virgen*, por María de la Peña. — *Documento Pontificio*. — *El Arte religioso*, por M. de A. — *Jubiléo Sacerdotal de Su Santidad León XIII*. — *Noticias*. — *Bibliografía*, por E. Benjamin. — *Necrología*.

GRABADOS. — *Copón de oro ofrecido á Su Santidad León XIII por la Guardia de Honor y Apostolado de la Oración*. — *Escenas de caza*. — *Nuestra Señora de Ripoll: Estado actual de la restauración del ábside: El claustro*.

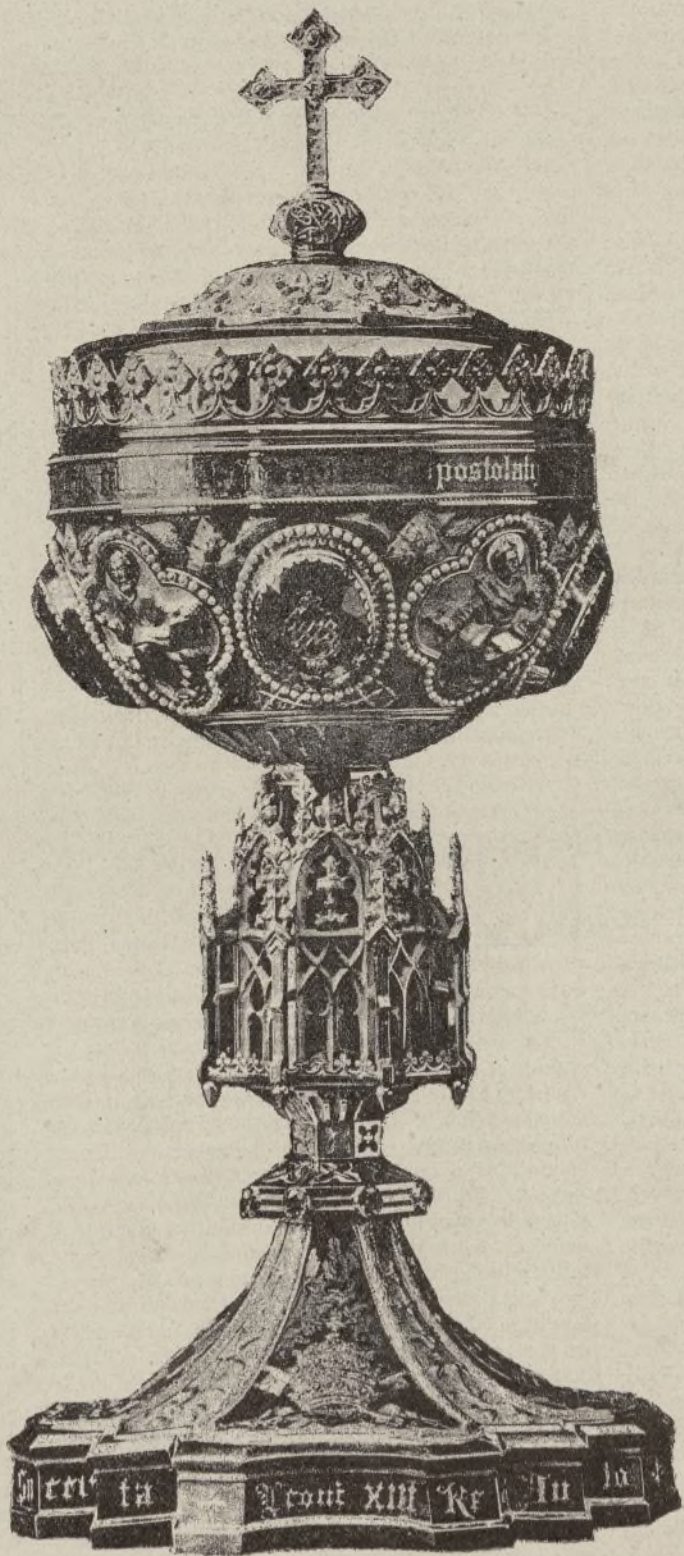
LA DECENA

DESPUÉS del Consistorio público celebrado el 25 de Noviembre para la preconización de algunos Obispos, en cuyo acto solemne pronunció Su Santidad la hermosa alocución que en otro lugar de este mismo número reproducimos, se ha verificado el 5 del corriente otro de carácter privado, en el que el Cardenal Prefecto peroró la causa de los Beatos fundadores de la Orden de Servitas y los Beatos Pedro Claver, Alonso Rodríguez y Juan Berchmans. Otros dos Consistorios han de celebrarse próximamente: el primero el día 23, en el que los Abogados consistoriales perorarán las mismas causas de los canonizandos; el segundo á principios de Enero, y en él los Cardenales leerán ó presentarán su voto escrito acerca de las causas de canonización propuestas. La solemnidad de estas canonizaciones se verificará el 15 de Enero, y en los domingos siguientes se celebrarán las beatificaciones, entre las cuales está la de la Venerable Inés de Beniganim. Comisiones de Segovia y de Valencia concurrirán á la canonización del Beato Alonso Rodríguez y de la Monja valenciana.

Los preparativos de la Exposición Vaticana ocupan actualmente á un personal numeroso, y todo permite abrigar la seguridad de que, á pesar de las ridículas iras de algunos elementos antirreligiosos, el orbe católico dará solemne prueba de amor al catolicismo y de entusiasta adhesión al glorioso Pontífice que hoy ocupa la silla de San Pedro.

* *

¡Válgame Dios y qué injusta es nuestra patria con sus hijos, especialmente con aquellos que adoptaron el difícil papel de salvadores de la misma! Debo decirlo, por si ustedes no se han fijado bien: aquí en Madrid tenemos, con carácter permanente, ocho ministros que lo son sólo por amor al país; seiscientos diputados y se-



COPÓN DE ORO OFRECIDO Á SU SANTIDAD LEÓN XIII
POR LA GUARDIA DE HONOR Y APOSTOLADO DE LA ORACIÓN.
(Construido en los talleres de D. Miguel Rosado.)

nadores que se sacrifican por la patria; en cada capital de provincia una numerosa diputación que sólo aspira á salvarla, y en cada Ayuntamiento buen número de concejales que únicamente aspiran al interés del pueblo.

Esto lo permanente; pues en cuanto surge un Congreso especial (y éstos abundan ahora tanto como la ruda), todos los españoles que no son padres de la patria, ni de la provincia, ni del pueblo, se apresuran á inscribirse en él, piden ó toman la palabra, y en un dos por tres aumentan el número de nuestros salvadores. Todos tienen el privilegio del acierto; todos defienden la necesidad y la urgencia de que se adopten tales ó cuales medidas: sin ellas, el país, que está al borde del abismo, rodará en breve hasta el fondo; con ellas, la tierra dará espontánea y pródigamente sus frutos, las minas sacarán á flor de tierra sus minerales más ricos, y habrá periódicamente lluvia de monedillas de cinco duros para economizarnos hasta los gastos de fabricación. Hay quien se trae debajo del brazo, y sin aparentar darle importancia, todo un plan rentístico fundado en la no tributación; quién remedia todos los males de la agricultura fijando un impuesto á los tasadores de autógrafos, y quién busca una revolución tributaria clasificando debidamente en la tarifa industrial á los vendedores de cristales ahumados para los eclipses.

Con pretexto de semejantes proyectos, y antes de llegar á desarrollarlos, los oradores hacen alguna instructiva excursión histórica y nos citan al monstruo del Apocalipsis, los siete sabios de Grecia, la cabra Amalteya y el saco de Roma, para venir á tiempos más recientes y traer á cuento las catedrales ojivales y el estilo de Juan de Herrera, las siete u ocho partidas de D. Alfonso el Sabio, las Biblias de Maguncia y el Edicto de Nantes, llegando paso á paso y mediante la evolución histórica hasta el grito de las Cabezas de San Juan y la quinta extraordinaria de Mendizábal.

¡Con qué afán se leerán en los pueblos las relaciones que de semejantes Congresos publica la prensa de Madrid!

— ¡Qué discurso el de Fulanito! — exclamará entusiasmado el alcalde. — Siempre sostuve yo que en aquella cabeza había algo.

— No, pues Mengano, el representante de Pueblo seco, tampoco se muerde la lengua.

— Y hace muy bien en ello — interrumpirá el barbero, que se tiene por gracioso — porque esas mordeduras duelen mucho.

— Lo malo es que en Madrid los mejores pensamientos fracasan. ¿Qué apostamos á que el Gobierno rechaza la proposición de suprimir la actual organización militar, creando en cambio un campamen-

to de instrucción en Villachica y dos capitanías generales en Val-horrendo y Fontecilla?

— ¿A que no suprime tampoco á los maestros de escuela, encargando de sus funciones á los Rectores de las Universidades, que nada hacen?

— ¡Ah! ¡Madrid, Madrid!

— ¡Cualquiera se mete á salvador para conseguir tales resultados!

La Humanidad es muy propensa á que se la conceptúe avisada y discreta, y los señores periodistas, utilizando aquel flaco, inventaron las charadas para proporcionar á sus lectores el placer del acierto. Nada importaba que dichos juegos de imaginación fueran sencillísimos; por el contrario, esto, aumentando el número de los acertadores, daba popularidad al periódico, y así hemos visto, durante años enteros, á tertulias de respetables personas mayores, *intrigadas* — como dicen los que maltratan á diario el castellano — con la solución de las charadas de *La Correspondencia*.

— Mi primera es una vocal — decía uno — mi segunda una consonante y mi tercera otra consonante.

— ¡Agata! — exclamaba una señora.

— No puede ser, porque nadie conoce los consonantes *ga* y *ta*.

— ¡Acate! — gritaba otro.

— La primera y la tercera podrían ser; pero ¿dónde encontrar la consonante *cei*? Lo mejor será acabar de leer la charada. El *todo* está en los corsés y se abre con punzón.

— ¡Ojete! — decían varias voces simultáneamente.

Hoy el periodismo, no satisfecho con triunfos tan inocentes, ha inventado la charada social, y todos los días se lee en él:

«Ha desaparecido de su casa una joven, hija de un título de Castilla, acompañada por un primo suyo.»

Y los que antiguamente descifraban las charadas se consagran ahora á tarea análoga.

— ¿Será la hija del conde de A?

— Debe ser la duquesa de B.

— O la marquesa de C.

— U otra cualquiera, porque en estos tiempos abundan los primos y las muchachas propensas á escaparse.

— Ya di con la solución — exclama uno. — La fugada es la hija de D. Crisanto Marqués, el veterinario.

— Pues si dice el periódico que el padre es título de Castilla.

— Como que se llama Marqués.

— Qué tunantes son estos periodistas...

— Sí; pero á nosotros no nos la dan.

En ocasiones la historia misteriosa deja tantos cabos sueltos, que el lector más torpe tropieza en seguida con la solución.

«Un artista distinguido contraerá matrimonio en breve con la hija de un rico banquero, para lo cual la ha sacado depositada. La prudencia nos veda decir sus nombres, y sólo indicaremos que el artista tuvo un primer premio en la Exposición de 1883, que su apellido empieza con X, y que hace poco volvió de Roma, y que el padre de la novia es uno de los primeros accionistas del Banco de España, que representa en el Senado á un distrito de Galicia, que tiene abono á primer turno en el teatro Real y que su retrato está expuesto en el escaparate de la fotografía de Laurent.»

Este sistema de dar la noticia de la boda próxima es análogo al que se emplea para dar cuenta del desafío realizado, de la hora y sitio en que se efectuó y de los padrinos que autorizaron aquel delito penado por el Código. De esta suerte, el muro de la vida privada desaparece y todos estamos expuestos á figurar en las novísimas charadas de la prensa.

«D. Fulano y Doña Zutana, se dirá en breve, han tenido un nuevo vástago.»

Al día siguiente:

«El vástago de D. Fulano y Doña Zutana ha fallecido: la madre ha perdido la razón.»

Al otro:

«D. Fulano bajaba ayer las escaleras de su casa jugando con un revólver, y tuvo la desgracia de que se le disparase, hiriendo en el pecho la bala á un amigo de la familia, que acudía á enterarse de las catástrofes ocurridas en el matrimonio.»

Y tal vez una semana después:

«La autoridad judicial entiende en un dramático suceso, en el que aparecen un hombre herido, un niño muerto, una mujer loca y un marido fugado á los Estados Unidos.»

Tales son las charadas ó historias misteriosas que ha puesto á la moda la prensa periódica, y de las que ha hecho un gran consumo durante la decena transcurrida. Yo confieso que me gustaban más aquellas que decían:

— Mi primera es la quinta parte de mi segunda.
— ¡Par-diez! Pues cualquiera la acierta...

En una portería:

— ¿Renta mucho el cuarto desalquilado?

— Ocho mil reales; pero su último precio es seis mil.

— ¿Y hay gas en la casa?

— Sí, señora; con sus fugas y todo.

— ¿Y agua? ¿Tiene agua?

— Ya lo creo: fíjese usted en las paredes de las alcobas y del comedor... chorreandito están.

M. OSSORIO Y BERNARD.

LOS GRABADOS

COPÓN DE ORO OFRECIDO Á SU SANTIDAD LEÓN XIII
POR LA GUARDIA DE HONOR Y APOSTOLADO DE LA ORACIÓN
(Construido en los talleres de D. Miguel Rosado.)

La copa tiene cuatro medallones repujados y adornados de perlas representando los cuatro Evangelistas, y cuatro grandes amatistas con las cuatro fechas memorables de la vida de Su Santidad (1810-1837-1878-1887), ó sean: el año de su nacimiento, el año en que cantó la primera Misa, cuando fué elegido Papa y el año de su Jubileo.

La copa lleva además un aro con una inscripción esmaltada.

El pie tiene cuatro escudos, que son el emblema del Pontífice, el escudo de la Diócesis de Madrid, el de la Guardia de Honor y el del Apostolado de la Oración; dichos escudos van repujados y esmaltados. Lleva además el pie ocho amatistas.

La tapa se compone de 32 brillantes, y 16 zafiros.

Este copón ha sido construido en los talleres del Sr. Rosado, bajo los auspicios del Sr. Marqués de Cubas.

ESCENAS DE CAZA

Una de las muchas y muy características de las empresas venatorias. Los aficionados á la caza encontrarán en nuestro grabado, con la verdad, que es condición indispensable en obras de esta índole, notable belleza artística.

NUESTRA SEÑORA DE RIPOLL

Estado actual de la restauración del ábside.

El claustro.

(Véase el artículo publicado en la página 413.)

DOCUMENTO EPISCOPAL

NÓS DON CIRIACO MARIA SANCHA HÉRVAS

POR LA GRACIA DE DIOS Y DE LA SANTA SEDE
APOSTÓLICA OBISPO DE MADRID-ALCALÁ.

*Al predilecto Clero y amados fieles de nuestra Diócesis
salud y gracia en Nuestro Señor Jesucristo.*



VAMOS á Roma, amados hermanos é hijos nuestros; vamos á Roma, movidos, no de vana curiosidad, sino de sentimientos de religión y piedad; vamos á Roma, guiados, no de solas las luces de la razón para realizar fines humanos, sino alumbrados de la fe para cumplir deberes eminentemente cristianos; vamos á Roma, en fin, no para pedir venganzas contra los enemigos de la Santa Sede Apostólica, sino para implorar humildemente de Dios la gracia de su conversión, y á la vez para asociarnos á los demás católicos del mundo que han de concurrir allí para celebrar el *Quincuagésimo aniversario de la ordenación sacerdotal del Sapientísimo Pontífice León XIII*, y proporcionar juntos algún consuelo á su corazón paternal, en medio de la tristísima situación á que le ha reducido la malicia de los tiempos.

No hay un momento más importante ni más solemne en el Pontificado de un Prelado, ni en la vida de un creyente católico, que aquel en que emprenden una piadosa peregrinación á Roma para visitar allí los sepulcros de los Santos Apóstoles y arrodillarse ante el Romano Pontífice para recibir inmediatamente de sus augustas manos la bendición apostólica y atestiguarle personalmente la veneración y profunda adhesión que le son debidas.

La práctica de esos actos, á la vez que produce en el alma una abundante consolación espiritual, despierta en la misma tan elevados y nobilísimos sentimientos de divino amor y la inunda de tan purísimas luces, que después de lo que sabe por la revelación acerca de la presencia real de Jesucristo

en la Eucaristía, no hay nada que la dé conocimiento tan acabado, ni que la presente tan claramente reflejadas las divinas cualidades y virtudes del Hombre-Dios, como la presencia de su augusto Vicario en la tierra. Bajo la santa y dulcísima impresión que al verla experimenta, siéntese movida de secreto impulso, no solamente á reiterar actos de fe acerca de todos los misterios y verdades de nuestra sacrosanta Religión, sino á confesar que en la augusta persona del Papa ve y contempla á toda la Iglesia católica con su jerarquía, con sus enseñanzas, sus tradiciones, sus Concilios, su propagación y con todas sus maravillosas instituciones.

Siendo, pues, el Romano Pontífice en la sociedad cristiana lo que el fundamento al edificio y el sol al universo, nadie puede extrañar que al celebrarse su gran *Fiesta Jubilar* se haya conmovido el mundo de las almas y se hayan asociado por un sentimiento común de fe y gratitud los fieles de todos los países para visitar al nuevo Salomón, y presentarle, á imitación de la egregia reina de Saba, los frutos de su inteligencia, de sus artes y de sus industrias, sus donativos de oro y plata y las variadas, múltiples y preciosas ofrendas de su piedad. Al contrario, siendo deudores todos los pueblos al Pontificado Romano de inapreciables beneficios que en todos los tiempos ha derramado sobre ellos, era un deber mostrar su reconocimiento al esclarecido León XIII en su Jubileo Sacerdotal, con tanta mayor razón, cuanto que á la trascendental significación de esa gran solemnidad y al valor inmenso que reviste, bajo el punto de vista del orden, de la moral, de la ciencia y de todos los principios fundamentales en que están basadas la paz y prosperidad de las sociedades, no han podido sustraerse ni mostrarse indiferentes príncipes y soberanos, que ni creen en la divina institución del Pontificado, ni para la gobernación de sus Estados se guían por los inmutables y santísimos esplendores de la sobrenatural revelación.

Cuando se contempla esa imponente manifestación de carácter universal en favor del Sucesor de Pedro, y cuando la razón y la fe enseñan de consuno que ese Pastor supremo de la grey católica necesita una cátedra independiente para enseñar la verdad religiosa á todo el mundo, y que esa independencia no puede ser real y efectiva si no está garantida por la soberanía territorial del mismo que ha de ejercer el magisterio apostólico hasta la consumación de los siglos, el ánimo se llena de consoladora esperanza, reposa tranquilo en medio de los acontecimientos adversos que en daño de la causa católica, con la violencia, la astucia y la deslealtad se han realizado en los últimos tiempos, y cree firmemente que, aunque los juicios humanos, el fallo de la opinión pública y el voto de las Asambleas den por perdido para siempre el Principado temporal de los Papas, proclamen á Roma *intangible* y reputen asegurada eternamente la victoria que sobre ella ha conseguido la revolución, sin embargo no dejarán de cumplirse los altos designios de la Providencia, en los cuales fué señalada y concedida la soberanía territorial al Romano Pontífice, como condición ordinaria de su independencia y libertad para el gobierno de la Iglesia universal.

La historia gloriosa del Pontificado corrobora esas esperanzas de todos los católicos, toda vez que les enseña que de pruebas más rudas y prolongadas se ha visto rodeada la Silla apostólica, y de todas ellas ha salido coronada de triunfos imperecederos y de nuevos esplendores. Notoria es por demás la cruel persecución que en los primeros siglos la declaró el imperio pagano, las intrigas de la corte bizantina, la brutal espada de los godos, de los vándalos, de los herulos y de los longobardos; notoria es también después la insolencia y latrocinio de los gobernadores del exarcado, las amenazas diez veces seculares del islamismo, la usurpación laica de las investiduras, las pretensiones tiránicas de los degenerados herederos del sacro imperio, las facciones violentas de los gibelinos y gibelinos, y los odios encarnizados entre ciudad y ciudad y de unas provincias contra otras; y, finalmente, á nadie se oculta la ceguera de frecuentes movimientos populares, los gritos frenéticos de exagerada independencia y los medios detestables empleados por la maliciosa sagacidad de la diplomacia para inutilizar la acción potente del Pontificado y reducirle á vergonzosa esclavitud.

Sin embargo, entre ese incesante oleaje de injustas pasiones, y soportando con proverbial mansedumbre ese prolongado calvario de oprobios y contradicciones, los Romanos Pontífices, no solamente han venido sucediéndose al través de los siglos, conservando pura é inmaculada su autoridad apostólica, sino que han logrado vencer al mal con la abundancia del bien que han realizado en favor de la humanidad y de la civilización. Cuando la violen-

cia ocupaba el santuario del derecho, jamás dejaron de tomar la defensa de éste, y desde Gregorio VII á Bonifacio VIII se les vió por espacio de seis centurias combatir sin descanso con su autoridad moral los excesos de la fuerza material. Enriquecidos del genio de gobierno, de la corona del apostolado y de la palma del martirio, y adornados de virtudes nada comunes, de paternal solicitud, de paciencia y resignación y de una admirable severidad y pureza de costumbres, se han mostrado siempre á la altura de su divina misión en el mundo, y más bien que una generación de hombres ilustres, pueden reputarse como una portentosa serie de gigantes en fortaleza, ciencia y santidad, que iniciándose con el heroísmo de treinta mártires, ha venido derramando torrentes de luz sobre los pueblos hasta llegar al gran Pontífice León XIII, que Dios tenía predestinado en sus inescrutables designios para gobernar en los aciagos días que atravesamos la iglesia universal, arca misteriosa en que se encierran todos los tesoros de la humanidad, y para enseñar á los poderes públicos las normas eternas que han de seguir para asegurar la paz y concordia entre las naciones y promover la común prosperidad.

En vano se pretendería encontrar una república ó pueblo cristiano que, remontándose á su origen, no se viese en éste al Pontificado Romano, como fundamento y punto de partida de su grandeza y de su civilización. De la Cátedra de Pedro salen Marcial y Dionisio para combatir las supersticiones de los druidas en Francia; de la misma reciben canónica misión Paladio y Patricio para convertir Irlanda en la *Isla de los Santos*; ofreciéndose á la vista de Gregorio el Grande cierto día que atravesaba las calles de Roma unos esclavos bretones, se acuerda que Jesucristo había dado por límites á su paternidad espiritual los confines del mundo, y al momento envía al monje Agustín y sus compañeros para que anuncien el Evangelio en Inglaterra; por orden de Gregorio II pasa Bonifacio á Alemania, y enarbola el estandarte de la Cruz en aquel extenso país; fija su atención Adriano II sobre la raza fuerte y numerosa de los slavs, y en su apostólica solicitud envía cerca de ellos á Methodio para que los saque de las tinieblas en que estaban envueltos, instruyéndolos en las verdades de la fe; sumidas se hallaban en la barbarie las glaciales regiones del Norte, y Ascario es el Apóstol designado por Nicolás I para evangelizar los pueblos escandinavos; y, finalmente, al Pontífice de Roma es debido que se difundiera la luz de la fe por el gran Obispo de Chiapa en América, y por Francisco Javier en las Indias y el Japón, y en la China por el esclarecido Ricci, ornamento glorioso de la Compañía de Jesús.

De ahí, pues, resulta que la cultura y civilización, así de los pueblos de Europa como de los países orientales, no son otra cosa que la expansión del Catolicismo realizada por la acción poderosa del Pontificado, á cuyos ilustres representantes pertenece exclusivamente la gloria y alto honor de haber llevado á cabo esa obra gigantesca, sin igual en los fastos de la historia, y de haber franqueado las fronteras del error y de la superstición para establecer el reinado de la *verdad, que ilumina á todo hombre que viene á este mundo.*

También nuestra España debe al Vicario de Jesucristo el haber participado de los beneficios de esa misma verdad, pues sabemos por los testimonios de la tradición y de la historia que nuestras provincias meridionales y las del Norte estuvieron envueltas en las tinieblas de la idolatría hasta que Santiago y San Pablo primero, y los siete varones apostólicos después, enviados por la cátedra romana, llegaron á nuestras playas para anunciar el Evangelio en nuestro suelo patrio y fundar las primeras iglesias en que se dió culto al verdadero Dios.

Nada más natural que, al celebrar su Jubileo Sacerdotal el augusto Jerarca León XIII, el pueblo español, que entre notorias virtudes heredadas de sus mayores posee en grado eminente la de la gratitud, se moviese en masa para asociarse á la pública manifestación con que los católicos de todas las nacionalidades se preparan á dar á su amantísimo Padre el testimonio de su obediencia y de su profunda adhesión. Esa prueba de filial amor es tanto más meritoria, cuanto mayor es la afección en que el Papa se halla desde que el Patrimonio de San Pedro cayó en manos de la revolución, y ésta constituyó en secuestro sacrilego y escandaloso al Romano Pontífice, sujetando su correspondencia y sus actos ministeriales á un espionaje repugnante, que, sobre ser incompatible con la dignidad, libertad é independencia de un soberano, obligado por razón de las altísimas funciones de su cargo apostólico á ejercer jurisdicción espiritual sobre doscientos cincuenta millones de creyentes diseminados por todo el mundo, infiere también á éstos un

daño enorme en sus conciencias, en las que, con prioridad ontológica á las leyes humanas, llevan grabados inviolables derechos para revelarse y comunicarse libremente al Supremo Pastor, que recibió del Hombre-Dios plenos poderes de enseñar, regir y guiar las almas á la eterna salvación.

Así se explica claramente ese movimiento vigoroso, espontáneo y universal con que los fieles de la Iglesia dirigen sus miradas y sus pasos hacia Roma. Es porque creen con fundamento que, aun cuando los hechos ejecutados por fuerza mayor hayan impedido allí el ejercicio de la soberanía territorial del Romano Pontífice, no por eso han dejado de subsistir en éste íntegros é inviolables todos los derechos de aquélla, que son de suyo imprescriptibles é inadmisibles, toda vez que en el orden de la Providencia están concedidos como condición ordinaria y garantía permanente del libre ejercicio de un Primado de honor y de una Autoridad infalible é inapelable en el mundo moral; por manera que, mientras los hechos son contingentes, las prerrogativas de ese poder ecuménico siempre son las mismas, y para su expansión no reconocen otros límites que los del tiempo y del espacio. Convergen y se concentran en ese poder todos los esplendores de dignidad y autoridad que se han venido sucediendo á través de los siglos, «la paternidad de Adán, el patriarcado de Abraham, el sacerdocio de Melchisedech, la facultad legislativa de Moisés, el pontificado de Aaron, la judicatura de Samuel y la real nobleza de David.» Cuando es combatido se consolida en la lucha, se muestra impávido é imponente en el peligro, y todo adversario que le hostiliza ve frustrado su propósito, fracasada toda violencia, desvanecido todo artificio, rendida toda resistencia, y no hay rebelión, por feroz que sea, que no concluya por sucumbir ante su pedestal.

Esas eminentes dotes concedidas por Jesucristo á su Representante en la tierra, alientan sobremanera la esperanza de los creyentes, y guiados de la fe, van á la capital del orbe católico como á la casa paterna de la gran familia cristiana, que desde la fundación de la Iglesia ha venido destinando con laudable generosidad los preciosos tesoros de su piedad, para construir el grandioso alcázar en donde está colocada la Silla de Pedro y la amplísima ciudad de gracia y perdón, cuyos suntuosos templos encierran bajo sus augustas bóvedas todas las tradiciones del Catolicismo, las sagradas reliquias de los héroes de la fe y todos los divinos y encantadores recuerdos de la obra milagrosa de la redención; por donde se ve con asombrosa evidencia que Roma cristiana, lejos de pertenecer á una nacionalidad, llámese Francia, Italia, Alemania, España ó Portugal, pertenece por derecho indiscutible, sancionado por sentimientos immanentes de secular duración, y por el consentimiento universal de los pueblos, al Romano Pontífice, por ser cabeza visible de la Iglesia Católica, dispensador de todos sus bienes, y llevar en su corazón todos los derechos de la misma. Por eso el Papa León XIII ha denunciado repetidas veces al mundo católico que la situación actual en que se encuentra es insostenible y violenta, y á nadie puede ocultarse la razón de esas quejas, toda vez que, siendo el promulgador é intérprete de la ley universal, que es fundamento y base de toda otra ley, no puede ni debe estar sometido á ninguna legislación particular que impere sobre él, ó sobre los órganos de que ha menester para el ejercicio de su magisterio.

En la ciudad ó punto donde tenga su asiento la Cátedra Apostólica, no puede haber otro poder legislativo que el del Pontífice, que levanta en ella su voz para instruir á las gentes, pacificar á los pueblos, reducirlos al mutuo amor é intimarles el respeto de los derechos y el cumplimiento de los deberes comunes. Los altísimos fines á que está ordenado el Ministerio apostólico requieren que la autoridad de éste sea extraterritorial, y se halle fuera del alcance de todos los demás poderes temporales, pues sólo así es como puede pronunciar libremente la verdad, que á todas las gentes es debida, rechazar los errores, resolver las dudas, reprender el vicio, alentar al bien y alejar del mal á todos los que creen en Jesucristo. Por eso el genio de Napoleón I, á pesar de ser tan absorbente, decía: «El Papa está lejos de París y esto es bueno; y no está en Madrid ni en Viena, y por eso soportamos su autoridad espiritual. En Madrid y en Viena dirán otro tanto, y con razón. ¿Se cree que si por ventura el Papa estuviera en París, los austriacos y españoles consentirían en recibir sus decisiones? Es, pues, gran fortuna que esté en la vieja Roma sosteniendo el equilibrio entre los soberanos católicos, condescendiendo un poco con el más fuerte, y recobrando pronto su energía, si el más fuerte se convierte en opresor. Los siglos son los que han hecho esto, y lo han hecho bien. Para el gobierno de las almas es la mejor y la más bené-

fica institución; y no digo esto como beato, sino como hombre de razón»¹.

Pero el Papa no puede estar en Roma más que en calidad de súbdito ó en calidad de soberano. Si está bajo el primer concepto, no puede gozar de otra libertad é independencia para gobernar la Iglesia universal, que las que le permita el jefe temporal que allí ejerza su imperio, y al cual está sometido. En semejante situación, para llenar los deberes de su cargo apostólico, forzosamente tendrá que servir en muchas ocasiones de instrumento para fines particulares del Gobierno bajo cuya dominación se halla, con detrimento de los intereses católicos ó para mirar por la tutela de éstos, se verá precisado á buscar la libertad é independencia de administrarlos subiendo las gradas del martirio. Es por consiguiente necesario que el Papa en Roma sea soberano de hecho y de derecho para que la preeminencia de su dignidad, su autoridad doctrinal y su poder legislativo y judicial puedan conservarse inmunes de toda influencia y coacción, ejercerse libremente en bien de la Iglesia, de los príncipes, de los pueblos y de la misma sociedad civil, y para que sus decisiones y sus fallos sean pronunciados y promulgados en tal manera, que no dejen lugar á que los católicos esparcidos por toda la tierra puedan abrigar algún temor y recelo de haber sido impuestos por la amenaza ó la presión de cualquiera poder extraño, y de que tampoco ha sido violada la correspondencia en que se transmitieron á las iglesias del mundo católico, porque la menor duda ó sospecha en este punto bastaría para alarmar y sublevar la conciencia de la gran familia cristiana que, mientras se muestra obediente y sumisa á las órdenes y mandatos del Papa como Vicario de Jesucristo, no soporta, sino que rechaza con altivez y noble dignidad la ingerencia de secular imperio en lo concerniente á su religión.

Vamos por tanto á Roma, amados hermanos é hijos nuestros. La historia, la tradición, la ciencia, la naturaleza del Pontificado, el testimonio de la Iglesia y el consentimiento de los pueblos nos dicen de consuno que aquella es la capital del orbe católico, que allí está la morada de nuestro amantísimo Padre, la cátedra de la verdad, el fundamento de nuestra fe, la Madre de todas las iglesias, la regla inmutable de la moral, el centro de unidad de nuestras creencias, la libertad verdadera de nuestra conciencia, la luz para desvanecer nuestras incertidumbres y la manifestación espléndida de todas las maravillas artísticas que la gran vitalidad del catolicismo ha venido acumulando al través de los siglos.

Vamos á Roma á fin de celebrar las *Bodas de Oro del Papa León XIII*, que allí nos espera para consolarse con los testimonios de nuestra piedad y de nuestra devoción; y para más alentarnos á practicar esa obra tan gratísima á sus ojos, se ha dignado abrir los tesoros de la divina misericordia, y ha concedido indulgencia plenaria de todos los pecados á los fieles que tomen parte en la peregrinación, á los que, no pudiendo ir en ella, se junten con su corazón y con su espíritu á la misma, y á los que de cualquiera manera la presten su concurso para que su éxito sea más provechoso y feliz.

Asimismo ha concedido igual gracia á los que asistan á la festividad de su Jubileo Sacerdotal, que será el día 1.º de Enero próximo, y á los que hicieren un novenario de oraciones, rezando una tercera parte del Santo Rosario antes ó después de dicha festividad, ó durante el tiempo que se fije para que tengan lugar las peregrinaciones á la capital del orbe católico, siempre que, verdaderamente arrepentidos de sus culpas, confesaren y recibieren la Sagrada Comunión, bien fuere en su iglesia parroquial ó en cualquiera otra iglesia ó público oratorio, pidiendo á Dios por la paz y concordia de los príncipes cristianos, por la extirpación de las herejías, por la conversión de los pecadores y por el triunfo de nuestra Madre Iglesia. Últimamente ha concedido también á todos los fieles de ambos sexos que, contritos de corazón, rezaren las susodichas novenas de oraciones en cualquier día que lo pudieren hacer, la remisión de trescientos días de la penitencia que les hubieren sido impuestos ó que debieren satisfacer por sus pecados, siendo aplicables todas estas gracias mencionadas á las benditas almas del Purgatorio.

Como una de las propiedades del amor filial verdadero es la generosidad en cumplir, no solamente los mandatos, sino también los simples deseos é indicaciones del que es Padre común de todos los fieles, hemos dispuesto, amados hermanos é hijos nuestros, deferir á lo que sabemos complacer y desea el atribulado Pontífice León XIII, y con ese fin saldremos, Dios mediante, de esta corte el día

¹ Thiers, *Historia del Consulado y el imperio.*

18 de Diciembre próximo para la Ciudad Eterna, con la mira de pasar en ella la vigilia y fiestas de la Natividad de Nuestro Señor Jesucristo, asistir á las solemnidades del Jubileo Sacerdotal de nuestro Santísimo Padre y presentarle las ofrendas de vuestra devoción y de vuestra piedad, manifestándole al propio tiempo que el valor de las mismas, de suyo ya muy importante, es mucho mayor, más apreciable, más hermoso y de una significación incomparable, considerado en el espíritu de fe, en el laudable celo, en la gustosa generosidad y en el purísimo amor con que las habéis dado, en lo que Nosotros no podemos menos de complacernos y de mostraros nuestra paternal gratitud, dándoos á todos un testimonio público de gracias y de nuestra predilección.

Empero veríamos con agrado, y serviría de mayor satisfacción al Sumo Pontífice, que á esos dones de vuestra piedad acompañase el homenaje personal de vuestros sentimientos católicos, uniéndoos á Nosotros, siempre que legítimas causas no os lo impidan, para ir juntos á Roma el día señalado, formando una numerosa y devota peregrinación. Con ese fin os exhortamos amorosamente en el Señor, y os rogamos que no omitáis practicar esa obra notoriamente meritoria, de la que tanta gloria pueda reportar la religión que tenemos la dicha de profesar, y tan abundantísima consolación nuestro Santísimo Padre. De ese modo podréis ganar para bien de vuestras almas las gracias é indulgencias que él mismo, con incomparable solicitud, ha concedido á todos los fieles que le visiten con motivo de su *Fiesta Jubilar*, y al propio tiempo podremos atestiguarle, no solamente la gratitud que le debe esta Diócesis, creada recientemente por su celo apostólico, sino también el espíritu de fe que felizmente se conserva en la misma, como lo comprueban las oraciones públicas que en todas las iglesias se han hecho y se prosiguen haciendo, pidiendo á Dios por la importante salud y preciosa vida de Su Santidad, por la independencia y libertad en el ejercicio de su altísimo ministerio y por el triunfo de la Iglesia contra todos los enemigos que la combaten y la impiden difundir por el mundo la luz de su santísima doctrina.

Con el fin de prepararnos cristianamente para el viaje á la capital del orbe católico, y atraer los favores y bendiciones del cielo sobre todos nuestros diocesanos, sobre sus familias, sobre sus casas, sobre nuestra patria, y especialmente sobre los fieles que tomen parte en la peregrinación, venimos en disponer que el día 18 de Diciembre, á las ocho de la mañana, se celebre una misa rezada en la iglesia parroquial de Santa María, hoy monasterio de las monjas Bernardas del Sacramento, que se haga una Comunión general, en la cual distribuiremos por Nosotros mismo el Pan Eucarístico á todos los que, con las debidas disposiciones, se acercaren á recibirle, y les dirigiremos la palabra evangélica para su mayor aprovechamiento espiritual; que después de la misa se canten las Letanías de todos los Santos y, finalmente, que durante el viaje recen los peregrinos el Santo Rosario, particular ó colectivamente, según lo permitan las circunstancias y marcha de los trenes.

Esperamos, amados hermanos é hijos nuestros, que, considerando el gran mérito y el ejemplo tan edificante que son inherentes á la susodicha peregrinación, sabréis encontrar en vuestra notoria piedad medios eficaces á fin de superar las dificultades que puedan presentarse á vuestros propósitos y laudables deseos de tomar parte en ella; y de esa manera os cabrá la satisfacción sin igual de contemplar el gran poder de la fe y la asombrosa fecundidad de la Iglesia católica, viendo al Jefe supremo de la misma rodeado de creyentes llegados á Roma de todos los países del mundo, y oyendo en todos los idiomas los ecos dulcísimos de una plegaria universal, que pronunciada primero sobre los sepulcros de los Apóstoles San Pedro y San Pablo por el augusto Pontífice, y repetida después por todos sus hijos, sube hasta el cielo, como columna de purísimo incienso, para alcanzar del Dios de las misericordias la paz y el perdón para todos los mortales, y la salvación eterna para todas las almas.

Como presagio de esa dicha inefable, que á todos de corazón os deseamos, y en prenda de nuestra predilección, os damos á todos vuestra bendición paternal. En el nombre del Padre y del Hijo, y del Espíritu Santo. Amén.

Dada en nuestro Palacio episcopal de Madrid á 25 de Noviembre de 1887. — CIRIACO MARÍA, Obispo de Madrid-Alcalá. — Por mandato de Su Excelencia Ilustrísima el Obispo mi señor, DR. JOSÉ BARBA FLORES, Canónigo Secretario.

LA CASA PATERNA



URANTE las últimas vacaciones de las Cámaras francesas, un joven diputado se dirigía á la casa paterna.

Su pensamiento se adelanta hacia un alféizar de ventana, desde donde su madre, anciana y viuda, miraba á la calle por donde debe llegar, y hacía calcetines para los pobres.

El diputado es un hombre leal, pero débil. Ha votado por seguir la corriente y sin discernimiento las leyes más enemigas de sus buenas tradiciones de familia y de las inspiraciones de su conciencia.

Pero á cada voto, por un juego súbito de su memoria, volvía á ver el Crucifijo bajo el cual su padre había muerto. Era un Cristo de marfil sobre fondo de terciopelo.

El diputado volaba, pues, con alborozo hacia la casa paterna y á los brazos de su anciana madre.

Al llegar, lanzóse hacia el sillón del alféizar de la ventana... pero hacía ocho días que estaba desocupado.

— ¿Enferma, madre mía? ¡Y no me lo habéis escrito!

— Te esperaba, hijo mío, te esperaba, sobre todo para morir. Hay sombras en el corazón y presentimientos en el alma que no nos engañan.

— Pero no, madre mía, no. Héme aquí, y vais á ser dichosa.

El hijo levantó maquinalmente los ojos á la pared de la alcoba donde su padre había fallecido. La pared estaba desnuda. Sólo un clavo quedaba allí, sosteniendo un lazo de cinta ajada y una rama de boj seco. Notó que todos los Crucifijos de la casa habían desaparecido.

— Madre mía, exclamó, ¿que habéis hecho de los Crucifijos que tentamos colgados en las habitaciones?

— Los he enviado á las escuelas, de las que el Municipio ha sacado los que poseían. ¿Para qué conservarlos aquí? Mi corazón mana sangre, y tal vez esto será causa de mi muerte.

El hijo aterrado bajó la cabeza y guardó silencio.

— Sin embargo, continuó la buena anciana, desearía morir como todos los nuestros han muerto. ¿Quieres darme un último consuelo? Sí, necesito ser consolada de nuestra separación y de tus abandonos.

— En nombre del cielo, hablad, madre mía.

— ¡En nombre del cielo! ¡Ay de mí (contestó la madre sonriendo tristemente). Bien; anda y tráeme un Crucifijo delante del cual pueda juntar las manos y al cual pueda dirigir mi última mirada. Así obró tu padre. Quisiera rogar al que perdona con misericordia á las madres y á los hijos.

El joven diputado salió. Estaba pálido y tembloroso, y las lágrimas humedecían sus ojos. Instintivamente corrió á la casa parroquial, y como un mendigo vergonzante solicitó la limosna de un Crucifijo y lo llevó á su madre.

La madre abrazó al Cristo y á su hijo al mismo tiempo.

— Hijo mío, hijo mío; pues tú lo has traído á la casa paterna, de donde lo habíais arrojado, te pido que no lo saques otra vez en recuerdo mío. ¡Cuántos á quienes tú se lo has quitado morirán desesperadamente!

No tardó en morir la buena madre, con los ojos fijos en el Crucifijo de cobre colgado en el mismo lugar que ocupaba el Crucifijo de marfil.

Pocos días después el hijo reinstalaba un Crucifijo en cada cuarto de la casa.

LA PROFESION

I

¡Ya se acerca...! Ricas galas
Cubren su gracioso cuerpo;
Azahares y azucenas
Adornan blondos cabellos.

Hermosa es la desposada;
Dulce y tranquilo su aspecto;
Al calor de la inocencia,
Sueños de ángel son sus sueños.

Las soledades del claustro
La brindan con su silencio;
Sencilla paloma, busca
Santo amor en santo lecho.

Ya fija su leve planta
Junto á la puerta del templo;
Melancólica armonía
Preludia el órgano dentro,

Y en el dintel cae de hinojos,
Mezclando, en suaves acentos,

Las notas que el coro lanza
Con notas que lanza el pecho.
Ministros de Dios reciben
Prenda de tan alto precio;
Hasta el altar la acompañan
Con santo recogimiento.

Mas quien pasó en esta vida
Sus tiernos años primeros,
Y en ella aspiró el encanto
De los infantiles juegos,

No puede, al abandonarla,
Perder tan gratos recuerdos
Sin dar, volviendo sus ojos,
El último adiós con ellos.

Dos lágrimas tornan mudas
Del mar de la vida al seno;
Las despiden una sonrisa,
Aurora del dulce puerto.

Despojo del alma aquellas;
Esta, balsámico aliento;
¡Últimos restos del mundo;
Primeros dones del cielo!

II

El oficio de difuntos
Comienza triste y severo;
Las bóvedas reproducen
Sus misteriosos acentos.

Los corazones que gimen,
Testigos de aquel entierro,
Reconcéntranse en la muerte,
Que es la vida de los buenos.

Escasa luz ilumina
Los fúnebres ornamentos;
Purifican las almas
Entre las nubes de incienso,

Y en el solemne recinto,
Desde la clave hasta el suelo,
Cuanto los ojos descubren,
Todo es paz, todo misterio.

La desposada, entre tanto,
Con recogido silencio,
Muere al mundo de las lágrimas;
Nace al mundo del consuelo.

Las hermanas religiosas
La aguardan en el convento;
A la entrada la reciben
Con un abrazo y un beso.

Esposa de Dios, no busca
Ricas galas para el cuerpo,
Ni azahares ni azucenas
Para adornar sus cabellos.

La virtud es más sencilla;
Busca en la virtud el premio,
Y en un sayal y una toca
La sencillez y el ejemplo.

Nada prometió en la tierra;
A Dios sus promesas fueron.
¡Ángel del cielo nacido,
Va ya á ser ángel del Cielo!

ALFREDO BOCCHERINI Y CALONJE.

¿QUÉ SERÍA...?

I



o no lo sé, lector; y por si tú puedes adivinarlo, con sus pelos y señales te lo cuento.

Ello sucedió allá por los años de 18**, cuando en cierta parte del mundo amenazaba á la Compañía una de esas crueles persecuciones, que le dejó por herencia su Santo Padre Ignacio; aquel varón insigne que, si no hubiera subido á los altares por su santidad maravillosa, hubiese alcanzado la gloria de las estatuas por su exquisita prudencia. Comprendía bien el ilustre guipuzcoano, que nada enerva tanto las fuerzas morales como la prosperidad; que para levantarse el hombre en toda su pujanza, requiere ser sepultado á tiempos bajo los rigores de lo adverso, y que presto pierde el soldado sus hábitos guerreros, si la paz llega á enmohecer las arrinconadas armas.

Por eso corre entre los Jesuitas como tradición fidedigna que un día encontró el P. Rivadeneira á San Ignacio, entregado á inusitado gozo; manifestóle su extrañeza con sencilla confianza, preguntándole el motivo de su particular contento.

— Regocijaoos conmigo, Pedro, — respondió el Santo — porque hoy me ha prometido el Señor lo que con tantas lágrimas le he pedido... *Que la gracia de la persecución jamás faltará á la Compañía.*

Cuatro siglos han probado ya, y siguen probando,

cuán fielmente cumple el Señor la promesa hecha a su siervo.

Tengo tan presentes los hechos que voy a referir, como si ayer mismo hubieran sucedido. La catástrofe de Sedán se aproximaba, enlazada con los sucesos antes mencionados: Bismarck encendía un fósforo en España para pegar fuego a Francia; Napoleón arrojaba el guante entre las dos nuevas recetas de la muerte, el fusil Chassepot y las ametralladoras Cristophe; Guillermo lo recogía en Ems, gritando ¡Krieg! ¡Krieg! ¡guerra! ¡guerra!) y yo, muy enfadado con estos señores que tan revuelto traían al mundo, hacía mi cama cierta mañana de Marzo, según prescriben las reglas de la Compañía, con el mismo primor y cuidado con que por aquel entonces trazaba Moltk, el misterioso Moltk, aquel plan de campaña que debía de alcanzar en Sedán, éxito tan asombroso como el obtenido antes en Sadowa. Tenía yo entonces una colcha de zaraza catalana, que formaba mis delicias. Su fondo era blanco; pero sobre él se destacaban con lujo churriguero grandes medallones en que alternaban todos los matices del rojo, desde el pimentón hasta el apuntar de la Aurora, formando capullos como tomates, rosas como rajadas de sandía, y marcos muy vistosos a graciosas bandadas de cigüeñas inverosímiles, y de fantásticos patos. Eran, sin embargo, animales muy prudentes: jamás turbaron aquellas mi sueño cuchicheando en el antiguo idioma egipcio de los Faraones, ni me desvelaron éstos con alguno de aquellos filosóficos *rap, rap*, que pone Andersen en boca de los héroes palmípedos de sus cuentos. Puedo asegurar que por aquel entonces dormía yo más tranquilo entre aquellas aves acuáticas y viajeras, que dormían Guillermo en Ems, Bismarck en Friedrichoruh, y Napoleón en las Tullerías.

¡Ah! no tenía yo temores de aquí abajo, ni esperanzas de la tierra, y preparado de antemano a lo que Dios dispusiese, ponía los cinco sentidos en tender mi colcha encarnada, delgada por el uso como finísima Holanda, cual si de la menor arruga que afease los contornos de sus palmípedos y zancudas, pendiese aquel equilibrio europeo que amenazaba desquiciarse. En esta operación, para mí difícilísima, me sorprendió el portero aquella mañana de Marzo, anunciándome que en el recibimiento me esperaba una visita.

Sorprendíome al pronto lo intempestivo de la hora, y creí encontrarme con algún devoto que deseara confesarse. Era el recibimiento ancho y largo en demasía, la mañana lluviosa y oscura, estrechas las ventanas, y la luz penetraba por lo tanto en la pieza, escasa y misteriosa. Al entrar en ella, pude distinguir a lo lejos una mujer, acurrucada en un sofá: lanzaba ruidosos suspiros, movíase de continuo, se santiguaba con rapidez convulsa, dábale base golpes de pecho, y extendía ambas manos como en demanda de auxilio hacia un cuadro que había enfrente. Miré al cuadro: era un perro de aguas, sentado con mucha gravedad sobre sus cuartos traseros. Retozóme la risa en el cuerpo y se me desbordó por los labios, al comprender que en la oscuridad de la sala tomaba la devota al perro de aguas por imagen piadosa.

Mi indiscreción advirtió a la mujer que no estaba sola, y asustada dió un salto en el asiento, gritó: — ¡Jesús! — se santiguó de nuevo, y reconociéndome sin duda al cabo, se lanzó hacia mí como una flecha. Entonces pude advertir que era una feísima vieja, con los ojos saltones, vestida como pudiera estarlo una doncella de casa grande. Acercóse a mí con muestras de grande azoramiento, y extendiendo las manos para volver a cruzarlas a la altura de su rostro, me dijo con grande angustia:

— ¡Padre...! ¡Padre...! ¡A la señora se le ha aparecido el diablo...!

¡Lector amigo...! ¿No te ha sucedido nunca en circunstancias solemnes, tristes o apuradas, sentir a deshora un amago de intempestiva risa, que no hay mordedura de labios que debilite, ni pensamiento triste que enfrene, ni cruel pellizco que contenga, ni esfuerzo humano que impida ese desbordamiento de importuna alegría, que tú mismo juzgas grosero, peligroso, temerario y hasta cruel a veces, y dejas, sin embargo, brotar y correr como torrente de imprudente burla...? Pues eso me sucedió a mí entonces: al oír la inesperada salida de aquella mujer, tuve la crueldad de reirme de su angustia, con una carcajada ruidosa y espontánea, como las de los primeros años de la infancia. Quedóse ella suspensa y como espantada, cual si hubiese oído reír a un marmolillo, o entonar una endecha al quicio de una puerta: ignoraba, sin duda, que fuese el Jesuita animal risible. Por dos veces se segué en mi risa y otras tantas volví a dar rienda suelta a la presa, hasta que llorando ella amargamente, tornó a decir con redoblada angustia:

— ¡Sí, Padre, sí...! Se le ha aparecido el diablo...

o quizá fuese un alma en pena... Por eso quiere la señora que vaya usted allá corriendo, corriendo...

— ¿Pero quién es su señora de usted?

— Doña Adela...

— ¿Doña Adela qué...?

Aquí pronunció un apellido que se encuentra en los árboles genealógicos de algunas casas de la grandeza; pero que no recordaba yo entonces, unido al nombre de Doña Adela.

— No la conozco, dije.

— Sí, Padre, sí la conoce...! Doña Adela de M**.

Y titubeando un poco, añadió al cabo muy bajito:

— La Rabina...

— La Rabina? ¡Ya...!

Y mis ganas de reír se desvanecieron como por encanto, pareciéndome ya posible que a la dama en cuestión se le apareciera el diablo, y aun probable que hubiese cargado con ella en cuerpo y alma: tales cosas le achacaban las lenguas murmuradoras. Lo único que seguía pareciéndome inverosímil era que la Rabina quisiese ver a un Jesuita en su casa.

— ¿Y dice usted que la Rabi..., quiero decir, Doña Adela, desea que vaya yo a verla?

— ¡Sí, Padre, sí... Para eso sólo me manda... Y lleve usted, por Dios, agua bendita...!

— ¿Pero qué ha pasado...? ¿Qué ha sucedido...? pregunté deseando adquirir algún dato que me diese luz en aquel suceso, que no obstante sus grotescas apariencias comenzaba ya a preocuparme, por hallarse mezclado en él aquel nombre misterioso de la Rabina. La vieja se llevó las manos a la cabeza, dió un paso atrás, y comenzó a revolver los ojos. Me asusté un poco, porque temí que me iba a responder como a Macbeth las brujas del bosque. — ¡Una cosa sin nombre! — Tomando sin embargo alientos, dijo siempre azorada:

— ¡Jesús! ¡Jesús...! ¡Una cosa atroz, Padre...! Ni lo sé siquiera...! Yo estaba en la alcoba cepillando la ropa... la señora escribiendo en el gabinete. De pronto, un ruido... ¡pim! ¡pam!, cristales que se rompen, y me veo a la señora en el quicio de la puerta, como una difunta, sin voz, tiesa, tiesa... ¡Me morí...! Ella decía: — ¡Allí...! ¡Allí...! mi hermana...! Concha...! Concha...! — ¡Me morí, Padre, me morí, y me encaramé en una silla chillando, como si viera venir miles de ratones!

Y como si viera en efecto llegar la temida plaga, tan aterradora sin duda para ella que como término de comparación la ponía, comenzó de nuevo a llorar, y a dar vueltas por la sala manoteando.

— Pero, señora, — le dije para calmarla. — ¿Qué tiene de particular que Doña Adela llamase a su hermana...?

— Pero, Padre... si su hermana se murió hace hoy seis meses justitos, justitos... Ella es la que se le ha aparecido... Y si no, sería el diablo, Padre, sería el diablo; porque lo que es su hermana era una santa... ¡Ah, sí, Padre; la señorita Concha era una santa...!

— ¿Pero dijo eso la señora...? ¿Ha contado ella algo...?

— ¿Qué había de contar, si ni alientos traía...? Yo chillaba que chillaba, y ella tiesa que tiesa, hasta que — ¡cataplum! — se viene redonda al suelo, hecha un ovillo, dando con la cabeza en los rincones como si fuera un corcho... Me morí, Padre, me morí! Acudieron las muchachas, y el aguador, y el mundo entero... Pero es mucha señora aquella... Y no porque sea mi señora y la sirva yo hace veinte años; pero tiene una correa, y un aguante, y un aquí, como nadie en el mundo... Se encogió, se encogió, y se tuvo firme sin chitar en cuanto vió gente...

— Mariana, me dijo; vete en busca del Cura... Fui a la parroquia... El Cura diciendo Misa de tres, con órgano y todo... ¡Válgame Dios...! Entonces me dijo Juanito Ordóñez, el de la cerería, que en esta casa había un montón de Curas, y por eso vine, Padre, por eso vine...!

Y aquí soltó de nuevo la rienda a su aflicción, volviendo a llorar amargamente. Yo reflexionaba mientras tanto, pareciéndome descubrir a través de aquella relación incoherente y grotesca alguna cosa grave. Un hecho positivo resultaba de ella, más extraño a mis ojos que la aparición del diablo o la resurrección de la difunta; que la Rabina hubiese mandado llamar al Cura. Quise, sin embargo, cerciorarme antes de tomar resolución alguna, y pregunté a su espantada emisaria.

— ¿Pero está usted cierta de que la señora le mandó avisar al Cura...?

— ¡Sí, Padre, sí...! Con su propia boca me lo dijo... Con ésta, que se ha de comer la tierra lo oí yo en la puerta misma de la alcoba.

Y acompañando la acción a la palabra, se tiraba desapiadadamente de una oreja de elasticidad inconcebible, semejante al sucio pergamino de un antiguo palimpsesto.

Dejé entonces de titubear y me dispuse a seguir a la caduca Ariadna que había de guiarme en aquel laberinto. Díjele que caminase delante, por no atravesar las calles en tan grotesca compañía, y ella echó a correr, mirando a todas partes, como aquel fantástico personaje de Hoffman que había perdido su sombra, volviendo a cada instante el rostro para ver si yo la seguía, tropezando con todas las esquinas, metiéndose en todos los charcos, pisando a todos los perros...

LUIS COLOMA, S. J.

(Se concluirá.)

SANTA MARÍA DE RIPOLL

A LOS REDACTORES DEL «DIARIO DE BARCELONA»



Queridos amigos: Para mí, desde que la vi por primera vez, Santa María de Ripoll fué el símbolo de la patria catalana. Hace algunos años, perdida la esperanza de su restauración, desvanecidas las ilusiones que alimenté por mucho tiempo, hice desde Torelló un viaje exprofeso para despedirme de aquellas interesantes ruinas. De incógnito, sin pedir permiso a nadie, penetré en el derruido templo, recorrí lo que se podía recorrer sin peligro; y, fatigado, triste, presa de invencible desaliento, me senté en el claustro sobre un capitel, junto a la tumba de Tallaferro. Aquellos viejos paredones que, perdido el aplomo, amenazaban derrumbarse; aquellas claves de bóveda que asomaban por entre los escombros, aquellos capiteles esparcidos al acaso, aquellos fustes rotos en informes fragmentos, presentaban a mi acalorada fantasía la imagen de Cataluña, muerta e insepulta, pues que ni a este último deber acudía la piedad de sus descastados hijos. ¿Por qué la dejan expuesta a todas las profanaciones, a las injurias del tiempo y de la rapacidad de los hombres? ¿Por qué, ya que su desvío no la considera merecedora de marmórea losa que relate su gloriosa existencia, no la sepulta bajo tierra, poniendo sobre el túmulo una cruz con esta sencilla inscripción: *Finis Catalauniv*?

Venía a interrumpir mis melancólicas cavilaciones la chillona voz de la realidad, y me decía: «No, Cataluña no ha muerto; Cataluña renace; los poetas cantan sus glorias en su lengua nativa, y en su lengua nativa el teatro refleja sus costumbres. Verdad es que van desapareciendo su traje y sus bailes nacionales, pero en cambio en papeles públicos y canciones populares se habla más que nunca de la *barretina*.» «Puro artificio — decía yo para mis adentros — Cataluña está aquí: aquí nació, aquí creció y aquí ha muerto. Una Cataluña separada de esta Cataluña; una Cataluña que a esta Cataluña olvide, no es la verdadera Cataluña.»

El charlatan Barnum enseñaba en los Estados Unidos el esqueleto de Shakespeare, y habiéndole observado uno de los visitantes de su museo que el esqueleto del gran dramaturgo existía en Inglaterra, contestó con el mayor desenfado: «Aquél es el esqueleto de Shakespeare viejo, y éste es el esqueleto de cuando era joven.» — Los más hábiles, los más elocuentes Barnums, no lograrán que ni los individuos ni los pueblos tengan dos esqueletos. La vida de los pueblos como la de los individuos no tiene, no puede tener solución de continuidad. El que corte el hilo de la historia de la Cataluña que empezó en Ripoll matará a Cataluña. Será posible encontrar un «ménecmo» que imitando al célebre pastelero de Madrigal, logre engañar algún iluso. Se parecerá a Cataluña, llevará su nombre, hablará su lengua más o menos corrompida, pero no será Cataluña. La nacionalidad, como la individualidad, nacen del alma y no del cuerpo. Si rompemos moralmente con nuestro pasado, podremos constituir algo que exteriormente se parezca a Cataluña; pero el nuevo ser no pensará, ni sentirá, ni creará como la Cataluña que ha sido nuestro ideal. Todos nuestros esfuerzos no habrán servido sino para llegar a producir una imitación, es decir, una falsificación.

Aquí, a pocos pasos, hallo yo los restos del que fué la verdadera personificación de la verdadera Cataluña. Ahí yace el tan renombrado Bernat Tallaferro, cuya espada rompía como cristal el más fuerte escudo y hendía la armadura mejor templada. Muerto ahogado en el Ródano, trajéronlo a enterrar, según su expresa voluntad, al amparo de este Santo Templo, a la sombra de este claustro de peregrina belleza arquitectónica. El hercúleo Tallaferro tenía un alma si cabe más enérgica que su potente brazo; pero domeñadas sus pasiones por el suave influjo de la religión, el que fuera un jefe de bandidos, un devastador, un azote de la humanidad,

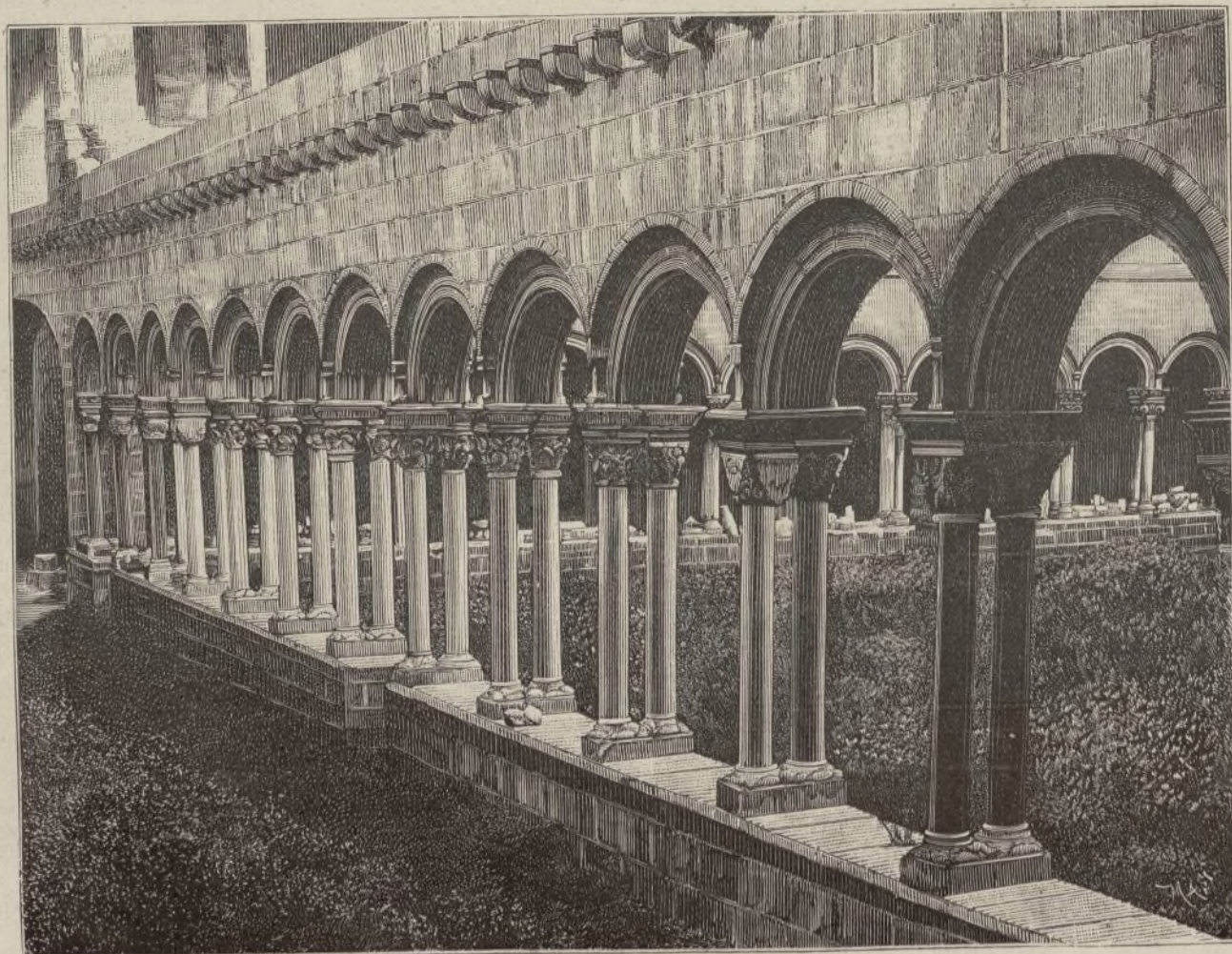


ESCENAS DE CAZA.

NUESTRA SEÑORA DE RIPOLL.



ESTADO ACTUAL DE LA RESTAURACIÓN DEL ÁBSIDE.



EL CLAUSTRO.

fué un protector del débil contra el fuerte, un gran patriota, un magnate bondadoso y magnánimo. En cada catalán de pura raza hay un Tallaferro; quitadle el freno de la religión, y lo convertiréis en un sér temible para sus semejantes; mantenedlo sumiso al Evangelio, y será el más poderoso elemento de civilización y progreso."

Preocupado en estas ideas, que echaron hondas raíces en mi alma, abandoné silencioso las ruinas de Santa María, sin penetrar en la población, sin ánimo de ir á estrechar la mano á los amigos que en otro tiempo compartieron mis ilusiones y mis esperanzas.

Otra ha sido, y muy distinta, la impresión que hoy me llevo de la visita que acabo de hacer á la que ya casi podemos llamar iglesia de Santa María de Ripoll. Esta vez me he dirigido al famoso templo, no por la espalda y furtivamente, sino por la puerta principal; no apesadumbrado como quien hace una visita de luto, sino alegre y esperanzado el corazón como quien va diligente en busca de prometidas gratas sensaciones. Al atravesar el umbral, la palabra ¡milagro! asomó á mis labios. A mi asombrada vista aparecía como surgido del suelo un edificio entero, casi acabado, cuyas naves laterales alumbraba la luz cenital que penetra por la parte superior de la no concluida bóveda de la nave central. ¡Qué majestad, qué sencillez y qué elegancia en lo que va construído, y sobre todo, ¡qué carácter! Causa una sensación indefinible presenciar la construcción de un edificio que, al concluirse, es decir, dentro de algunos meses, acusará en su fisonomía mil años de existencia.

He dicho ¡milagro! y se me hace violento retirar la palabra; porque milagro parece que se haya adelantado tanto en tan poco tiempo, que se haya construído obra tan difícil con tan fabulosa economía y con tan singular acierto, así de parte de los que la dirigen como de parte de los que la ejecutan.

No será milagro, pero indudablemente es providencial que se tengan reunidos tantos y tan apropiados elementos para llevar á cabo una empresa que tentativas anteriores la hacían calificar de irrealizable. Para este prodigio se necesitaban un Prelado tan emprendedor, tan enérgico, tan perseverante, tan relacionado y de fe tan viva como el Obispo de Vich; un arquitecto como Rogent, que, habiendo hecho del estudio del arte monumental cristiano en las dos vertientes de los Pirineos una especialidad, haya llegado á penetrar sus más recónditos secretos y á deslindar perfectamente sus épocas, lo que le permití librar á la restauración de anacronismos é impurezas; un colaborador como Artigas, en quien el amor al arte multiplica las fuerzas de su privilegiada inteligencia; un sobrestante como Serra, que domina la ejecución de la obra como si fuera coetáneo de los que construyeron el derruído templo. Y todos estos elementos de ejecución necesarios, imprescindibles, Dios los ha reunido en una sola época en un solo día, en un solo punto, para llevar á cabo la obra providencial de la deseada restauración del monumento más importante de la historia patria.

Desde que Wifredo plantó allí triunfante el pendón de las barras ensangrentadas, Ripoll fué el *meta sudans* de las religiones catalanas, que partían á reconquistar su patria, expulsando de ella á los enemigos de su fe. Hasta 1813, á la sombra del famoso cenobio se fabricaron las armas que Cataluña esgrima para defender su independencia, y armados los brazos, en el templo se inflamaban los corazones al sagrado fuego de la fe religiosa y del patriotismo, que los hacía invencibles. De allí hemos partido y allí hemos de volver para templar nuestras almas, á fin de que seamos lo que fuimos.

En buen hora que los soberanos de España tengan decoroso sepelio en el Escorial; pero fuera mengua y vergüenza para nosotros que los de Aragón no lo tuvieran en Poblét y los de Cataluña en Santa María de Ripoll.

Como católicos, como catalanes y como españoles no concebimos mayor gloria que la que alcanzará el ilustre Prelado de Vich llevando á cabo la restauración de aquel famoso templo, tan interesante también desde el punto de vista arqueológico; y ya que nos brinda participación en aquella gloria, acudamos todos á llevar nuestra piedra, por insignificante que sea, á aquella obra memorable, recuerdo perenne de nuestro histórico valer, y asilo generoso donde acudirán á retemplarse los corazones que sientan desfallecer la esperanza en la regeneración de la patria.

Se repite de ustedes su afmo. amigo,

J. MAÑÉ Y FLAQUER.

Ripoll, 27 de Septiembre.

LA LÁMPARA DE LA TORRE

FÁBULA.

Pueblo fué del condado de Bigorre (O Bigorra, es igual) uno en que había Ruinoso templo con fornida torre, Que dos leguas en torno se veía. Una lámpara ardía Toda la noche en ella Delante de una bella Imagen de María; Y en su seno sin mancha, recogido El Niño Dios en el portal nacido. Siempre que un aldeano De los de allí, la torre descubría, Reverente á la Virgen saludaba Y al fruto de su vientre bendecía. Para un país lejano Sale del pueblo aquél, el joven Pío; Y al ver la torre por la vez postrera, Levantando en el aire la montera, Con lágrimas de fe grita devoto: — «¡Niño de omnipotente poderío! ¡Madre del desterrado! Regid mis plantas: en los dos confío.» Váse á país remoto, Vuelve de años cargado (Cincuenta por lo menos han pasado), La noche le sorprende en el camino, La luz al cabo de la torre brilla, Y Pío descaburga y se arrodilla, Y del favor divino Reconoce el poder. ¡Harto bien puso Joven la confianza! Hijo y Madre cumplieron su esperanza. Con aquel espectáculo, confuso El guía del viajero, le pregunta Por qué se apea y llora Y se descubre, se arrodilla y ora. — «Es porque allí despunta La luz del campanario Que á su patrona enciende el pueblo mío: La Virgen de Noél, nuestra Señora.» — Mudó ya de parroquia el vecindario; La tiene junto al río: La vieja se cayó, la torre queda; Y la Virgen (pues esto De santo en calle con razón se veda) Logra en la parroquial más digno puesto. La luz que asoma allí (por de contado Mayor que la que hubo) Es de un reloj, al que ilumina un tubo Del nuevo gas de pringue de pescado; Y (como usted repara) La torre del lugar se ve más clara.» El buen anciano aquí, dos veces pío, Con expresión de lástima y desvío Replicó meneando la cabeza: — «Se ve más claro, sí; mas no se reza. La imagen del que vive y nunca pasa Quitáis de las alturas, Y ¡máquina ponéis que el tiempo tasa Dado á las criaturas! Para cebar la luz que miro enfrente Den tierra y mar despojos; Pero dejad la de Belén patente Y alumbrenos el alma por los ojos.»

J. E. HARTZENBUSCH.

UN VIAJE DE LA VIRGEN

CUENTO

Á MIS NIETOS



La Madre de Dios quiso hacer un viaje á la tierra con el propósito de remediar algunos males y premiar algunas virtudes, y Dios le dió potestad para todo, y mandó á los ángeles á que preparasen el camino sin advertir á los hombres.

Entonces la Virgen llamó siete doncellas de las que están sentadas al pie de su trono, las cuales visten de blanco y llevan coronas de violetas, y en el pecho prendidos unos ramos de las mismas flores; y María les dió siete palmas cortadas de la palmera de las victorias que crece en los jardines del cielo, y se despidió de Dios.

Y sentadas en una nube de oro bajaron al mundo, y los ángeles habían plantado un vallecito y allí se paró la nube y la Virgen se puso á andar y visitó los floridos verjeles; vió cómo las nubes se miraban en las dulces corrientes, contempló las hebras de cris-

tal que de la montaña bajaban culebreando á formar los ríos, y tendiendo su manto azul sobre las aguas cruzó las corrientes sin que se hundiese tan bella embarcación, y los pececitos se asomaron á flor de agua para mirarla; y al cruzar el llano bendijo los maizales y los trigos y brotaron las espigas.

Y la Virgen siguió andando...

Halló granados y manzanos y muchos árboles hermosos que dieron fruto al instante.

Y la Virgen siguió andando...

Halló huertas frondosas y grandes fresares y mucha grosella; halló extensos naranjales cubiertos á un mismo tiempo de naranja y de azahar.

Halló cañares que se mecían saludándola, y que al herir el viento sus hojas lisas como cintas y picudas como lenguas, parecía que hablaban diciendo: «Dios te salve, María.»

Y la Virgen siguió andando...

Y llegaron á un lago verde como la esmeralda, rodeado de sauces que bañaban sus ramas en él, y dentro del agua crecían libres las espadañas, las cañas, la reina Victoria, y todas sacaron sus flores al ver á María; pero pasaba un mancebo dentro de una barca pintada de todos colores sentado en un cojín, gobernando el timón, y la Virgen le dijo:

— Joven, cambia tu derrotero, porque al llegar al centro el agua forma un remolino que tragará tu barca.

— Excusa lecciones, que sé muy bien mi camino.

Y la Virgen lloró, y una de las doncellas que la acompañaban recogió sus lágrimas en un lienzo tan fino como las espumas del mar, y la Virgen le dijo:

— Humildad, sálvalo.

Y la doncella cruzó el lago como cruza la nube rasante á las aguas, y cuando se acercó á la barca el mancebo giró el timón y se salvó.

Y la Virgen siguió andando...

Caminaba bajo una bóveda formada por florido jazminero entrelazado de árbol en árbol, y halló una mujer que escarbaba la tierra para ocultar un saquillo lleno de oro. Estaba pobremente vestida, flaca y pálida, y sus ojos eran pequeños y brillantes; nunca sonreía y siempre estaba inquieta: la Virgen se acercó, y le dijo:

— ¿Por qué ocultas tu oro?

— Para no gastarlo y que no me lo roben; pero tú me has descubierto: y muy luego lo volvió á sacar, huyendo para ocultarlo nuevamente.

La Virgen lloró, y otra de las siete doncellas enjugó su llanto con su rubia cabellera, y la Virgen le dijo:

— Largueza, acompáñala para que no se vuelva loca.

Y la Virgen siguió andando...

Acercose María al monte, cubierto de romeros, tomillos y florido brezo, y vió grutas que parecían filigrana de caramelo, vió peñascos salientes cubiertos de rosales y espinos que formaban á modo de tronos y doseles, y andando andando, bordeó un abismo que se abría al fin del monte; y alzando los ojos advirtió que una joven toda vestida de rosa corría llorando y riendo porque huía de un hombre rojo, y estaban próximos á caer en el abismo.

Y la Virgen lloró su muerte, y la tercera de sus doncellas recogió sus lágrimas en el hueco de su mano, y la Virgen le dijo:

— Castidad, apártalos del mal camino.

Y la doncella se elevó dulcemente y se acercó á ellos, y al punto comenzaron á moderar su carrera y hallaron una senda por donde bajaron al llano asidos de las manos la niña de color de rosa y el hombre rojo.

Y la Virgen siguió andando...

Y en un recodo del camino halló dos hermanos querellándose por cuál de los dos había matado una pobre tortolita, y los dos echaban espumarajos por la boca y los ojos les saltaban de la cara y los colores brotaban de sus mejillas, pasando de rojo al verde instantáneamente; y la Virgen lloró, y otra de sus doncellas recogió sus lágrimas en el ramo de violetas que llevaba en su pecho, y le dijo la Virgen:

— Paciencia, cálmalos.

Y la doncella agitó las flores á entrambos jóvenes, y al punto se calmaron y siguieron la cacería como buenos hermanos.

Y la Virgen siguió andando...

Y halló un palacio y no quiso entrar porque había mucho ruido de platos y cristales. Era un festín, y se oían muchas voces y salían perfumes de licor y vahos de comidas. Aquel era un día santo que los hombres celebraban comiendo más que de ordinario, y se olvidaron de las obras buenas.

Y la Virgen lloró, y otra doncella recogió su llanto en puro vaso de cristal, y le dijo María:

— Templanza, modéralos.

La doncella entró en el festín, serenáronse y arrepintieron de sus excesos.

Y la Virgen siguió andando...

Y halló una pastora muy bella apacentando sus ganados, y estaba triste y pálida; sentada en un peñasco se miraba en el remanso que formaba el agua de una fuente, y decía: Antonia es más bella que yo y sus vestidos son más nuevos, y sus corderos son más blancos, y todos la miran con cariño y de mí se mofan, y cuando yo cuento sus defectos me miran con recelo. Y volvía á mirarse en aquel espejo tan lindo, y volvían sus pesares á llenarla de tristeza, y sin embargo, ella también era bella; también lucía vistoso traje; también tenía corderitos blancos y también la miraban con cariño los de la aldea, porque aun era más desgraciada que mala.

La Virgen lloró al verla tan triste y apenada, y otra de sus doncellas recogió aquellas lágrimas en su corazón, que se encendió en inextinguible fuego, y la Madre de Dios le dijo:

— Caridad, mi hija predilecta, alivia á los enfermos.

Y la Virgen siguió andando...

Y llegó á una era y estaba tendida la mies, la yunta parada, el labrador dormido: la Virgen se compadeció, porque corrían las horas veloces y aquel hombre no terminaba su trabajo, y llamó á la última doncella, y la dijo:

— ¡Oh! Tú, Diligencia, anima su espíritu, ahuyenta á la que es madre de todos los vicios, y gobierna su hacienda.

Y la Virgen lloró también al despedirse de su última compañera, y aquellas lágrimas adornaron la frente de la joven como una diadema de perlas.

Y la Virgen siguió andando...

Y al terminar el valle entró en una llanura y cruzó los bosques de palmeras y los arenales, y se angostó el camino, y todo era aridez, y halló malezas; y en medio de tanto desconsuelo halla una senda muy bien cuidada, cubierta de musgo y de unas flores que parecen estremitas y se llaman *buenas obras*; al terminar la senda se distinguía una casita muy blanca y muy chiquita recostada en la pendiente de un monte muy grande, muy grande, y tras del monte se oía el mar: al lado de la vivienda había un huertecito lleno de frutos, y en él un pocito y un banco sombreado por un hermoso nogal.

La Virgen sonrió llena de felicidad al divisar todo aquello y anduvo por la senda hasta llegar al huerto, y entró en él porque estaba abierto para todos á reposar en el banco, y mando un ángel para que llamase á los dueños de aquello, y al punto llegó un hombre y salieron de la casa una mujer y un niño. El hombre, con sus aperos de labranza, volvía de trabajar la viña de un ancianito; la mujer terminaba las labores de la casa; el niño, después del estudio, corría á jugar al huerto y halló sentada en el banco una pobrecita y le dijo:

— Pobre ancianita, pareces fatigada, no temas; madre y yo te cuidaremos. Llamó á su madre, y ésta al ver á la pobre le dijo:

— Bien venida la que llega en el nombre de Dios: te curaremos si estás enferma; te daremos agua si tienes sed; pan si tienes hambre; vestido si estás desnuda; lecho en que descanses, paz que repose tu ánimo.

Quédate con nosotros.

Y la Virgen dijo:

— Si tenéis escasamente para vosotros, ¿qué me vais á dar?

— De lo poco partiremos y aun nos sobrará: lo que amo en el mundo más es mi hijo; te daré su lecho y su pan, él comerá fruta, dormirá en ese banco, y la Virgen le cuidará. Si sufrimos, sufrirás con nosotros; si somos felices, lo serás con nosotros también.

Y la Virgen dijo:

— Tomaré de tu pan, beberé de tu agua, vestiré tu ropa, pero no separaré al hijo de su madre: ¿Vé aquella gruta que no muy lejos se oculta en el monte, pues ese ha de ser mi albergue.

Y la Virgen recibió de manos de aquellos justos pan, agua y ropas, y se dirigió á la gruta con mucha pena de la madre y del hijo, que la querían en su casa.

Y se ocultó el sol, y llegó la noche y las estrellas se asomaron al cielo más alegres que nunca, y los grillos y el cucullillo cantaron más que de ordinario, y los buenos labradores no podían dormir, y el niño se levantó y llamó á su madre y le dijo: — Dí á padre que he tenido un sueño muy hermoso, y que se levante y vamos los tres á la gruta, porque he soñado que la pobre que allí duerme es la Santísima Virgen.

Y se levantaron presurosos los buenos cristianos: al entrar con el niño en la gruta, quedaron llenos de temor de Dios y se postraron de hinojos.

Era aquella gruta como obra de artistas celestiales; estaba iluminada por una estrella que pendía á modo de lámpara; el techo era un artesonado de

piedra formado por las filtraciones, y las gotas que sin cesar caían por aquellos picos desiguales y caprichosos semejaban como millares de brillantes; de uno y otro lado colgaban ricos cortinajes de helechos y plantas trepadoras. En un rinconcito brotaba una fuente, y sus aguas se reunían en un lago pequeño y transparente. En los huecos de las paredes, á la entrada de la gruta, anidaban palomas y golondrinas, que asomaban sus cabecitas mirando primero con un ojo y después la volvían para mirar con el otro, y arrullaban á coro á la Señora que se les había entrado por la puerta. Aquella excelsa Princesa que reposaba en un altar de roca vestido de verdura era la imagen de la Virgen: tenía en brazos a Jesús, que sostenía en su mano un canastillo lleno de frutos, que dan todo alivio, todo consuelo.

Y era que la Virgen se quedó á vivir con los honrados y caritativos labradores, y desde entonces todo el que cruza el valle de los pecados implorando las siete virtudes y sigue la senda de las buenas obras, y se asienta en el banco de la Caridad y bebe las aguas de la Fe y ora en la gruta de la Esperanza, recoge los frutos del viaje de la Virgen.

MARÍA DE LA PEÑA.

DOCUMENTO PONTIFICIO

ALOCUCIÓN DE SU SANTIDAD EL PAPA LEÓN XIII PRONUNCIADA EN EL CONSISTORIO DEL 25 DE NOVIEMBRE DE 1887.

Venerables hermanos:

Al aproximarse el día del quincuagésimo aniversario de Nuestra ordenación sacerdotal, debemos dar, y damos en efecto, gracias rendidas al Dios inmortal, que en su bondad ha querido conservarnos la vida y la salud hasta hoy; pero al mismo tiempo no podemos impedir á Nuestra alma que abrace con el pensamiento, llena de placer y satisfacción, á todo el mundo cristiano que se regocija extraordinariamente con motivo de este acontecimiento. Nós no podemos, en efecto, ocultar lo que está á la vista de todos, y que más bien cede en honor de los demás que en alabanza nuestra; bien veis, venerables hermanos, esta espléndida manifestación del regocijo público, este admirable concurso de voluntades, estos variados y distinguidos testimonios de piedad filial.

Todas las clases sociales, en todos los pueblos de la Tierra, particular ó colectivamente, se esfuerzan con emulación en rendirnos toda suerte de homenajes; diputaciones, cartas, peregrinaciones venidas espontáneamente aún de los más alejados países, regalos numerosos, en los que ha de admirarse, más que la materia y el arte, el celo de la intención. En todo esto resplandecen maravillosamente la bondad y el poder de Dios, que en las grandes pruebas de la Iglesia sostiene y aumenta sus fuerzas; concede inefables consuelos á los que pelean por su nombre; que en los designios de su Providencia saca del fondo mismo del mal una amplísima cosecha de bien.

Y en esto resplandece también la gloria de la Iglesia, que muestra el carácter divino de su origen y de su vida, y el espíritu divino que la gobierna y la hace vivir y que une con un solo y mismo lazo los corazones de los fieles entre sí, y al Supremo Pastor de la Iglesia. Los sentimientos de júbilo que experimentamos á vista de tales cosas, Nós los manifestamos en vuestra presencia, venerables hermanos, para gloria de Dios y de su Iglesia; y públicamente atestiguamos que Nuestro corazón está conmovido por tantas muestras de afecto como Nos otorga el pueblo cristiano, y que su recuerdo jamás se borrará de nuestra memoria.

Mas; ¿cuán diferentes son las disposiciones de los enemigos de la Iglesia en esta nación católica, que es Nuestra patria! Pues animados, no del celo de la paz, sino de un ardor cada vez más furioso, en la guerra que tienen declarada á la Iglesia, destruyendo hasta el nombre del derecho con tantas injusticias, y no vacilando en excitar con sus ultrajes la cólera del pueblo hacia esta Sede Apostólica, Nos ha causado recientemente, así como á todos los católicos, un nuevo y cruelísimo dolor.

Esa sanción dada por el poder civil á la ley, en virtud de la cual son dispensados los ciudadanos de Italia, por personas que no tienen autoridad alguna para ello, de la obligación impuesta por la ley eclesiástica de pagar los diezmos, ¿no constituye acaso una violación del derecho que ha sido dado á la Iglesia para poder adquirir, poseer y administrar libremente los bienes temporales? ¿No es también reducir al clero cada vez más á la indigencia y á la pobreza material, arrebatándole los medios de subve-

nir á las necesidades del culto divino, de remediar la miseria de los pobres y de sostener el honor y la dignidad del ministerio sagrado?

Y no paran en esto los motivos de nuestra aflicción. Hay en efecto, un peligro, y un peligro gravísimo para la Iglesia, en esa ley que se dice á punto de ser promulgada, y que tiende á destruir el orden de la Iglesia, divinamente establecido. Nos referimos á ese nuevo reglamento del patrimonio eclesiástico en virtud de leyes del poder civil, que tienden quitando toda fuerza á las leyes canónicas relativas á los bienes de la Iglesia y todo derecho á la Iglesia sobre estos bienes, á transferir al poder civil la autoridad sobre estos bienes, y el derecho también, y á confiar la administración y la intendencia de los mismos á laicos elegidos por el pueblo, que fuera de la autoridad de la Iglesia estarán sometidos únicamente á los funcionarios del Estado, y no dependerán sino de la jurisdicción civil. Bien veis, venerables hermanos, cuán profunda sería la herida causada á la Iglesia por la nueva ley, si llegara á ser promulgada; pues que, no sólo turbaría la disciplina, sino que lesionaría el poder y la libertad de la Iglesia; de modo que mientras por un lado se dan manifestamente armas á los laicos para oprimir á la Iglesia, por otro la Iglesia, en su propio ministerio, en el régimen del Culto Divino, en el ejercicio mismo de las funciones de la institución católica, estaría sometida á los antojos de una potestad extraña.

Aun hay para Nós otro motivo de preocupación; es el temor que nos inspira la juventud ante los esfuerzos de gran número de gentes que no cejan en su empeño de sustraer las escuelas públicas de la autoridad de la Iglesia, aun en la enseñanza de la Religión; empeño que, como ven los católicos, se aparta grandemente de lo justo y lleva consigo una inmensidad de males, tanto públicos como privados.

En presencia de tales peligros, Nós experimentamos suma tristeza al contemplar esta nación católica y al considerar cuántos males acarrea á los pueblos el desprecio á la Religión.

Estos sentimientos Nós los expresamos hoy y en este lugar, para vosotros, venerables hermanos, y para todo el mundo católico, rogando á Dios que mejore los negocios públicos de Italia y que haga que las intenciones y los actos de todos sean dirigidos hacia el verdadero bien y honor de la patria. Por lo demás, venerables hermanos, en su poder y en su bondad ponemos toda nuestra confianza, pues Dios ve desde lo alto de la montaña santa las desventuras de su pueblo; y aunque tarde á veces en desplegar la potencia de su brazo, no permite sin embargo, en sus altísimos designios, que falte á su Iglesia el oportuno socorro.

Y ahora, en cumplimiento de Nuestra función apostólica, vamos á proponer nuevos Pastores para diferentes Iglesias del mundo católico. — (*Siguen las provisiones de iglesias.*)

EL ARTE RELIGIOSO

(Conclusión.)

D. FRANCISCO VIDAL Y CASTRO, natural de Santiago de Galicia y discípulo en Madrid de la Escuela superior dependiente de la Academia de San Fernando, en la que obtuvo diferentes premios de fin de curso. Presentó en la Exposición Nacional de 1862 una estatua del *P. Juan de Mariana*.

D. MANUEL VILAR Y ROCA, notable escultor catalán. Nació en Barcelona en 15 de Noviembre de 1812, y fué hijo de un carpintero y ebanista que deseando que recibiese una educación esmerada, le matriculó en las clases de la Junta de Comercio de aquella población, en que alcanzó el joven Vilar repetidos premios. Después fué discípulo del profesor Campeny. Llegado el año 1833, hizo oposición á una plaza de pensionado en Roma, ejecutando en los ejercicios *El Juicio de Daniel en Babilonia*: premiado Vilar, se trasladó á Italia en Abril de 1834, poniéndose en un principio bajo la dirección de Don Antonio Solá. En 1841 fué nombrado teniente-director de la Escuela de Barcelona con opción á la vacante que dejase Campeny; y aceptando el derecho, renunció el citado destino para proseguir en Roma. En 1844 el Encargado de Negocios de Méjico en Roma buscó artistas que pudieran ponerse al frente de la Academia de San Carlos, y se fijó en Vilar; su elección, combatida por intrigas de otros artistas, fué sancionada en virtud de oposición, y Vilar, después de visitar á París, llegó á Méjico en 14 de Enero de 1846. Murió en aquella población en 25 de Noviembre de 1860, y cuatro años más tarde se le erigió un monumento en la iglesia del

hospital de Jesús Nazareno de la misma, donde se conservan sus restos mortales. Son obra de este artista: *Un Crucifijo con la Virgen al pie*; *Una Concepción*; *San Joaquín y Santa Ana*; *San Carlos acogiendo a un joven bajo su amparo* (alegoría), y un *Divino Pastor*, que fué su última obra. Hablando de ella escribía el pintor Clavé: «Parece que un presentimiento solemne le hizo dedicar su última creación, el último de sus trabajos, al Sér Supremo, que en breve había de abrir los brazos para acoger en su seno un alma privilegiada, hermosa y noble, llena de virtudes, que desprendida de los vínculos del cuerpo por una corta y cruel enfermedad, había de arrebatarle al afectuoso cariño de sus amigos y de sus numerosos discípulos.»

D. JOSÉ VILCHES, natural de Málaga. Muy joven aún se dió á conocer en Andalucía por la originalidad de sus trabajos, siendo la primera obra de su mano de alguna importancia 13 medallones colosales representando á *Jesucristo y los doce Apóstoles*. Estudió en Roma, fijando su residencia en aquella población, y la Academia de San Fernando, que le había nombrado Académico supernumerario en 16 de Agosto de 1840, le nombró Director de los pensionados en la capital del orbe católico. Son de su mano: *Una Magdalena* y la estatua del *Cardenal Cisneros*, que figura en el Museo nacional. El señor Vilches, tuvo la altísima honra de que Su Santidad Pío IX se dignara visitar su estudio en 1863.

D. DOMINGO VILLAR GONZÁLEZ. De su mano figuró un *Crucifijo* de madera en la Exposición de Santiago de 1875.

D. ANTONIO YERRO, escultor valenciano. Es obra de este artista la restauración del altar mayor de la ex-colegiata de Gandía. También se debe á su mano *Un Salvador*. Ha obtenido numerosos premios.

III

El arte del grabado ha sufrido, en el período que nuestro estudio abarca, una completa transformación. Desde el grabado á buril hasta los procedimientos mecánicos, hoy tan en boga, pasando por la litografía y el grabado en madera, que tan gran servicio ha prestado á la tipografía, media enorme distancia. Y, sin embargo, todos los géneros, todos los procedimientos de grabar, merecen altísima consideración y ser incluidos desde luego en el estudio que al *Arte religioso* moderno consagramos.

En los fines del siglo XVIII y primeros años del actual, contrastando con la decadencia del arte pictórico, aparecen grabadores de tanta importancia como Ametller, Salvador Carmona, Selma, López Enguñados y Esteve.

AMETLLER, uno de los primeros discípulos, y director después, de la Real Academia de San Fernando, ofrece en la brillante serie de sus obras las reproducciones del *San Gregorio el Magno*, de Rivera; la *Santa Rosa*, de Murillo; la *Virgen con su Hijo en brazos*, del mismo; *El dulce sueño de Jesús*, *El Niño Dios*, *San Juan Bautista*, *El Corazón de Jesús* y tantas otras. Su trabajo llegó á ser tan apreciado, que una de sus láminas adquirida por la Real Calcografía obtuvo el precio de 90.000 reales.

D. MANUEL SALVADOR CARMONA es acaso la figura más interesante en el arte del grabado. Retratos, orlas, billetes de Banco, la Historia sagrada y la profana, la ilustración de numerosas obras de viajes, antigüedades, todo lo abarcó el que, hijo de modestísima familia de Nava del Rey, llegó á los puestos más preeminentes del arte. Sus láminas de devoción son: *La Resurrección del Señor*, de Wanlloo; *La Virgen con el Niño*, de Van-Dyk; *Nacimiento del Señor*; *La adoración de los pastores*; *San Juan Bautista y la Magdalena*, por Mengs; *Jesucristo en la Cruz*, por Velázquez; una *Sacra Familia*, de Mengs; un *Nacimiento*, del mismo autor; *La Concepción y El San José*, de Murillo; *Santa Casilda con el rey moro su padre*, de Maer; *San Antonio de Padua*; *El Cristo de la Paz*; *San Francisco de Asís*, por dibujo de Castillo; *San Pedro de Alcántara*, de Gutiérrez; *San Bruno*, copia de la estatua de Pereyra; *La Magdalena*, de Edelinke; *La Magdalena junto al sepulcro del Señor*, de Guerccino; *Santa Rita*; *San Antonio de Padua*, *Nuestra Señora de la Consolación*; *San Isidoro*; *La Virgen en su viaje á Egipto*. Los últimos años de la vida de Carmona fueron muy tristes por el precario estado del país y haber perdido hasta la exigua pensión de 300 ducados que desde 1790 le tenía asignada la Imprenta Real con la obligación de hacer los retratos y portadas de la *Gula de Forasteros*.

El valenciano D. FERNANDO SELMA, sin lograr la altura de Carmona, es igualmente digno de consideración. Sus obras religiosas más conocidas son: *La Sacra Familia*, conocida por *La Perla*; *La Virgen del Pez*; el *San Ildefonso*, de Murillo; *El Pasmio de Sicilia*, de Rafael; *El Nacimiento del Hijo de*

Dios, de Bayeu; *Una Dolorosa*; *La Adoración de los pastores*; *La cabeza de San Pablo*; *El Santísimo Cristo de la Salud de la Habana*; *Nuestra Señora de los Siete Dolores*, según Mengs; *La Virgen de las Angustias*; *Jesús Salvador del mundo*, y *San Pablo Apóstol*.

D. TOMÁS LÓPEZ ENGUÑADOS, también valenciano, brilló más en el género histórico y de retratos, pero bastan para asignarle lugar preferente en nuestra reseña las láminas que abrió para la *Biblia* de D. Manuel Ribera.

Cierra la marcha en el período del grabado artístico más brillante el valenciano D. RAFAEL ESTEVE, á quien se debe *Una Dolorosa*, por dibujo de Don Vicente López; *Nuestra Señora del Rosario*, de Carlos Maratí; *Nuestra Señora de la Contemplación*, según Guido Reni, y principalmente la admirable plancha del cuadro de Murillo, conocido vulgarmente por el nombre de *Las aguas de Moisés*, y que constituye por sí sola glorioso timbre del arte español y ejecutoria que coloca al artista valenciano en primera línea entre los más famosos.

Grabadores en acero y también de la buena escuela pudieran citarse en esta reseña muchísimos, entre los que mencionaremos únicamente los nombres de Alabern, Alcaide, Alegre, Alós, Asensio, Ballester y Blas, Blasco, Carnicero, Carrafa, Esquivel Sotomayor, Estruch, Franch, los dos Gangoiti, Jimeno, Gómez Navia, Hernández, Noseret, Horigosa, Maura, Martínez (D. Domingo), Moreno Tejada, Navarrete, Pelegrer, Pi y Margall, Roca, Rocafort, Roselló, Sala, Suria, Vargas y Vázquez. Todos éstos, impresos al pie de numerosas láminas de devoción, merecían seguramente mayor detenimiento por nuestra parte en el examen y juicio de sus trabajos; pero las dimensiones adquiridas por el nuestro nos obligan á la simple enumeración de sus nombres.

La litografía, introducida en España por D. José Madrazo, el fundador, digámoslo así, de la gloriosa dinastía artística que tan alto sostiene hoy su crédito, y los ensayos, tímidos en un principio, tal vez sobrado atrevidos más tarde, en el grabado en madera, marcaron nuevos rumbos al arte generalizando sus productos y combinándolos con la tipografía. No es dable, por esta misma causa, especificar detalladamente la producción de los grabadores en madera: los Museos, Ilustraciones y Semanarios, la novela y la historia ofrecen en sus páginas relevantes pruebas del mérito de los mismos. Por eso han llegado á ser familiares para los lectores los apellidos de los Sres. Aliot, Batanero, Benedicto, Boada, Boix, Brandi, Burgos, Buxó, Capilla, Capúz, Carbonell, Carretero, Castelló, Chamorro, Cibera, Comina, Cruz, Dordal, Fatjó, Gastón, Jordán, Laporta, Llopis, Manchón, Maré, Martí, Masi, Molina, Noguera, Ortega, Rico, Severini, Sierra, Tarazona, Tubán, Traver, Vela, Viaplana, y tantos otros que por olvido, y no por voluntad, dejamos de consignar en estas líneas.

Hoy, haciendo la competencia industrial al grabado el relieve en cinc, la fototipia, el fotograbado y otros sistemas, no es fácil predecir hasta dónde se llegará en la reproducción de la naturaleza y del arte; pero de entre las varias etapas recorridas, se conservarán siempre como un monumento digno de consideración los grabados á buril sobre la dura plancha de cobre ó de acero.

M. DE A.

JUBILEO SACERDOTAL

DE SU SANTIDAD LEÓN XIII

Cerca del anfiteatro de Pompeya, sobre la vía provincial, entre las ruinas de la antigua Pompeya y la vecina villa de Scafati, elevase un templo monumental dedicado á la Virgen Santísima del Rosario, fundado en 1876 por dos personas piadosas, el Abo. Bartolo Longo y la condesa de Fusco, para la instrucción y consuelo de los pobres moradores de aquellas campiñas. Este templo ha llegado á adquirir una gran celebridad á causa de las gracias y milagros que la Virgen que en él se venera ha obrado, no sólo allí, sino en otras muchas partes. Por este medio se ha logrado ver, en la antigua tierra pagana, un famoso santuario que atrae diariamente numerosos peregrinos, no sólo de Italia, sino también de los más apartados países.

El Papa León XIII ha enriquecido el nuevo santuario con numerosas indulgencias é importantes privilegios, no siendo el menor el de haber convertido en *Altar privilegiado* el de Nuestra Señora del Rosario; por manera que cuantos digan ú oigan Misa en él pueden ganar una *Indulgencia plenaria* y

sacar un alma del Purgatorio. (Breve de Su Santidad León XIII de 29 de Marzo de 1887.) Asimismo los Sacerdotes que llegan en peregrinación al Santuario pueden celebrar en cualquier día del año *Misa votiva pro tempore* en honor de la Virgen. (Breve de 29 de Marzo de 1887.) El 8 de Mayo de 1887 fué coronada la prodigiosa imagen por S. E. el Cardenal Mónaco, y se inauguró solemnemente el grandioso monumento.

Las ofrendas de la fe y la gratitud de los cristianos á la Reina del Rosario han llevado al nuevo templo obras preciosísimas de los mejores artistas de Italia, y los más caprichosos mármoles de la gran marmolería de Bagnères de Bigorre; y he aquí que ya en torno de este templo se levanta la *Nueva Pompeya*, la Pompeya cristiana, la Pompeya de la Virgen María.

Ya se han edificado alrededor del Santuario viviendas y edificios con escuelas, asilos de beneficencia que reúnen al presente 150 niños pompeyanos, una casa de huérfanos para las niñas abandonadas, con el título del Santo Rosario, y talleres de artes y oficios, entre los cuales hay un gran establecimiento tipográfico. Hay también allí oficinas de servicios de correos y telégrafos para el público y una estación de ferrocarril llamada *Estación de Valle de Pompeya*.

Por esta razón los extranjeros que vayan á Roma con motivo del Jubileo de Su Santidad y la Exposición Vaticana, y después á Nápoles con objeto de admirar las excavaciones de Pompeya, podrán tomar billete directo hasta la *Estación de Valle de Pompeya*, que dista cinco minutos de la de Pompeya. De este modo, después de haber visitado la iglesia del Santísimo Rosario de Valle de Pompeya, y su nuevo monumento con sus estatuas de mármol y de bronce, aquellas pinturas que hacen un admirable contraste con los antiguos monumentos de la sepultada Pompeya, pueden ver las ruinas que se encuentran á poca distancia del Santuario.

El viaje de Roma á Nápoles es muy corto: seis horas de tren. De Nápoles á Valle de Pompeya sólo hay una hora de ferrocarril, por una vía deliciosa; véase á un lado el Vesubio, á otro el golfo de Nápoles, y los deliciosos paisajes que ofrecen las encantadoras aldeas de Pórtici, Torre del Greco, Torre Anunciata y Pompeya. Se han organizado trenes extraordinarios con grandes rebajas.

Para más noticias, correspondencias y otras cosas que deseen saberse, dirigirse al Abo. Bartolo Longo, en *Valle di Pompei*.

Peregrinación á Roma.—El día 18 de Diciembre, por la tarde, saldrá de esta Corte para Roma la peregrinación diocesana, presidida por nuestro excelentísimo Prelado, con el fin de asistir á las grandes demostraciones de fe y piedad, que tendrán lugar el día 1.º de Enero próximo en la capital del Catolicismo, con motivo del Jubileo Sacerdotal de Nuestro Santísimo Padre León XIII. Los fieles que deseen unirse á dicha peregrinación deben avisarlo con tiempo para que puedan disfrutar de la rebaja del 50 por 100 que hacen las Compañías de ferrocarriles en los billetes de los peregrinos.

Segun noticias de un alto personaje de Roma, comunicadas á nuestro Excmo. Prelado, no es exacto que haya caso alguno de cólera en Roma, como han supuesto algunos periódicos no sabemos con qué intención. Desde el mes de Septiembre no ha ocurrido ningún caso de invasión cólera en dicha ciudad, y los que entonces hubo fueron pocos y de carácter muy benigno.

El *Osservatore Romano*, periódico reputado por estar bien informado de todo lo que ocurre en Roma relacionado con la Santa Sede, desmiente también la noticia de que haya cólera en dicha capital.

Siguen inscribiéndose en la Secretaría de Cámara y en las parroquias los peregrinos que desean ir á Roma el 18 de Diciembre próximo. Ya figuran en la relación sobre ese particular unos treinta. Los Sres. Sacerdotes, á su llegada á Roma, tendrán allí licencias ministeriales, que se han pedido ya al Emmo. Sr. Cardenal Vicario.

Los peregrinos de las Diócesis de Oviedo y Lugo se unirán en Venta de Baños á la peregrinación, y los de Vitoria harán lo mismo en la estación de aquella ciudad. Es probable que otras Diócesis tomen la misma resolución, según noticias privadas que se nos han dado, y en ese caso será numerosa la peregrinación nacional española.

Delante de la peregrinación irá una comisión encargada de preparar hospedajes, y se ruega á los peregrinos que, descansando en la actividad de esta

comisión, no hagan gestión alguna referente, que haga inútil y hasta perjudicial el trabajo de aquella.

Continúa activamente el embalaje de los objetos para la Exposición Vaticana, y hasta que se halle terminado, no es posible á las señoras que se hallan al frente de tan delicada operación remitirnos la lista exacta y detallada de los objetos.

Exposición romana.— El *Diario de la Exposición Vaticana* trae en sus últimos números los retratos del Santísimo Padre León XIII; del eminentísimo Cardenal Plácido María Schiaffino, presidente honorario de la comisión promotora de las Bodas de Oro de Su Santidad y de la Exposición, así como los del Comendador Juan Acquaderni, presidente; Luis Donini, tesorero; Juan Donini, G. Alliata, Alejandro Acquaderni, Edmundo Jeanerat, secretarios de dicha comisión, y Felipe Tolli, presidente del Comité romano.

Trae además el de Mons. Luis Macchi, Mayordomo de Su Santidad y Prefecto de los palacios apostólicos, y un nuevo plano del local de la Exposición, igual al que dimos hace cuatro meses, aunque más detallado, y señaladas ya las nuevas construcciones.

Los ingenieros arquitectos de dichas obras son los señores conde Comendador Francisco Vespignani y el caballero Federico Manucci.

El local referido se compone del costado llamado *Brazo Nuevo*, del Museo Chiaramonti, suntuosa galería de estatuas que mandó construir Pío VII, y que ha sido ahora destinada á la Exposición de los donativos de los soberanos y jefes de las naciones y á la de los objetos de más valor, y además de las nuevas salas y suntuosas galerías que se están levantando, formando todo el un vasto rectángulo dentro del grandioso Jardín della Pigna, y ocupando un área de 7.800 metros cuadrados.

La entrada para el público será por el sitio que corresponde al atrio por donde hoy se va á los Museos Vaticanos. Las peregrinaciones y personas á quienes se les conceda entrar en la Exposición desde el Vaticano lo harán por el grandioso corredor del Museo Pío Clementino.

El Sumo Pontífice y los personajes que le acompañen en la inauguración solemne de la Exposición entrarán por la puerta del Brazo Nuevo, en la cual tiene la base la sala de honor, destinada á recibir á Su Santidad con su corte en dicha solemnidad.

Precede á dicha sala un peristilo de orden corintio, y sobre él una alta y espaciosa galería, á donde se sube cómodamente por suavísimas escaleras construidas á uno y otro lado de la sala. Junto á ésta se hallan dos salones cuadrados, á los que se entra por medio de dos pasajes que con aquella sala comunican.

Las galerías longitudinales comunican entre sí por medio de una galería transversal, paralela á la sala de honor, y tienen en el centro dos órdenes de columnas que dividen á cada una como en tres naves de igual anchura.

Al extremo de ellas hay dos salones semejantes á los del lado Sud, que comunican también por medio de dos galerías transversales más pequeñas, que llevan al vestíbulo del lado Norte, por donde se entra al jardín central, ancha y vasta explanada que se ha de adornar con árboles de flores, los cuales rodearán la suntuosa columna conmemorativa del Concilio Vaticano, no ha mucho allí colocada por disposición de Su Santidad.

Hay además dos grandes departamentos, á los que se entra por el citado vestíbulo del lado Norte, destinados el uno para residencia y oficinas de la comisión promotora y del Comité local romano, y el otro para puesto de guardia y empleados de vigilancia.

La decoración general del edificio es hermosa y corresponde al fin para que se construye; pero la sala de honor se distingue de todo lo demás. Se ha estudiado especialmente el medio de iluminar de un modo conveniente el local para que no desmerezcan los objetos que han de ser expuestos, á cuyo efecto la luz desciende por magníficas claraboyas abiertas en el techo y por ventanas situadas á lo largo de las paredes y á la altura de cerca de cuatro metros.

El piso de las salas y galerías, más levantado que el jardín, es de madera sobre armadura de lo mismo.

El Excmo. Sr. Obispo de la Seo de Urgel, junto con el Cabildo, Clero y fieles de la misma, regalan á Su Santidad, un bonito estuche que contiene un cáliz de oro con su patena, y unas vinajeras con el plato y campana de oro. En el cáliz sencillo y severo, gótico, con la copa adornada por una delicada filigrana, teniendo en el tronco del cáliz seis pequeños

medallones esmaltados, con las letras que componen el nombre de Jesús y una cruz. En el pie del mismo, sobre oro mate, destacan seis medallones esmaltados que representan al Sagrado Corazón de Jesús, el de María y San José alternados con los escudos del Papa, del Sr. Obispo Casañes y del Cabildo de la Seo. En el plato de las vinajeras se ven otros cuatro medallones de esmalte con los bustos y símbolos de los cuatro Evangelistas. Los esmaltes son notables y están hechos con mucha pulcritud, y el todo trabajado con delicadeza y buen gusto. Ha sido el artífice D. José Laderra, y con esta obra ha acreditado su habilidad.

La importante casa editorial católica de la Viuda é Hijos de Subirana, de Barcelona, ha querido también contribuir al Jubileo Sacerdotal de León XIII enviando á Su Santidad un ejemplar de todas las obras que existen editadas por dicha casa. Ciento ochenta y cuatro volúmenes, encuadernados con muy buen gusto y sencillez, en pergamino, teniendo en una de las tapas grabadas las armas del Papa en oro y colores, contiene la colección, la cual va encerrada dentro de una caja con cierres y aros de metal blanco, forrada de papel moaré, y ordenada de manera que, quitándole la tapa y poniendo la caja derecha, la misma forma la estantería en que pueden exponerse. Es una buena demostración la que hace al Papa dicha casa.

He aquí el elocuente Mensaje que los doctores y catedráticos católicos de las Universidades de España han acordado elevar á Su Santidad con motivo del próximo Jubileo Sacerdotal:

«Beatísimo Padre: Al acercarse el glorioso día de vuestro Jubileo Sacerdotal, que el orbe cristiano solemniza con extraordinarias muestras de regocijo, los catedráticos y doctores católicos de los centros universitarios de España cumplen también gozosos con el deber de elevar hasta el trono de Vuestra Santidad el testimonio de su veneración y de su amor.

En su doble carácter de hijos de la Iglesia y de cultivadores de las ciencias humanas, saludan en Vuestra Santidad al Supremo Jerarca del Catolicismo y al Sacerdote sabio que es viva representación de la armonía entre la razón y la fe. Ingratitud ó ignorancia sería, por otra parte, desconocer los grandes servicios prestados á la humana cultura por la Iglesia, que conservó y depuró el saber antiguo, venció y civilizó á los bárbaros, fundó ó fomentó las escuelas y Universidades en Europa, y fué y es incansable propagadora y amparadora de todo linaje de artes y conocimientos.

Y, como Vuestra Santidad lo dijo admirablemente en su Encíclica *Immortale Dei*, si la Europa cristiana poseyó y conserva el cetro de la civilización, y se adelanta en toda suerte de invenciones y empresas, lo debe en gran parte á la Religión, que la inspiró y dió aliento. Los muchos sabios ilustres que en los pasados y en el presente siglo se han honrado con el título de católicos manifiestan además al mundo que entre la fe divina y la ciencia humana no hubo ni puede haber contradicción ni conflicto, pues no hay verdad contra verdad; y si el conflicto surge ante los ojos menos perspicaces, siempre es por considerar como revelación divina ó como verdad demostrada las opiniones ó conjeturas de los hombres.

Seguros de que en el saber y el estudio hallará nuevos apoyos nuestra fe, seguiremos, Santísimo Padre, cultivando las ciencias que profesamos, en la confianza de que Vuestra Santidad se dignará bendecir nuestros esfuerzos, como nosotros pedimos á Dios que conserve vuestra preciosa vida, salve la independencia y mantenga y aumente el esplendor de la Sede Apostólica, para bien del mundo cristiano y de la civilización universal.

Besán rendidamente el pie de Vuestra Santidad sus humildes hijos.» (*Siguen las firmas.*)

Los estudiantes de las distintas facultades de la Universidad de Zaragoza, dando gallarda prueba de catolicismo y de su amor inquebrantable á las enseñanzas de la Iglesia elevan el siguiente mensaje á Su Santidad León XIII:

«Santísimo Padre: Llenos de júbilo ante las manifestaciones entusiastas que suscita en todo el orbe el próximo aniversario quincuagésimo de la ordenación sacerdotal de Vuestra Santidad, nos atrevemos á elevar también hasta Vuestra Sede Augusta el testimonio de profunda veneración á Vuestra Sagrada Persona, de filial obediencia y adhesión á Vuestra Autoridad Suprema.

Como alumnos de distintas facultades de la Universidad de Zaragoza, nos esforzaremos en seguir las luminosas enseñanzas de vuestras Encíclicas y

las que brotan en abundancia en los escritos del Príncipe de los filósofos, bajo cuyo protectorado colocó Vuestra Santidad estudios y cátedras.

Hijos de la nación española, para quien las palabras Catolicismo y Patria expresaron siempre la misma idea, anhelamos vivamente que la obra pacificadora de Vuestra Santidad, de que es parte integral la plena libertad é independencia del Pontificado, se cumpla en breve plazo para bien de la sociedad humana; y que depuestas preocupaciones y disipados errores, que hoy perturban los pueblos; difunda cada vez más su salvadora influencia la Religión verdadera.

Dignaos, Santísimo Padre, acoger la felicitación de vuestros hijos, que quieren vivir en la unidad de la Fe, y morir pronunciando el dulce nombre de la Virgen inmaculada, que trono de la Divina Sabiduría, y venerada en la advocación del Pilar, es auxilio de sus corazones y amparo de sus inteligencias. — *Santísimo Padre.* — B. L. P. de Vuestra Santidad sus devotos hijos. (*Siguen las firmas.*)»

En la sacristía de la Santa Iglesia Catedral de Ibiza está expuesto el precioso cáliz que el Clero y fieles de aquella Diócesis regalan á Su Santidad con motivo de su Jubileo Sacerdotal. Es de plata dorada; la copa, de oro, tiene tres serafines en el nudo y tres ángeles sentados en el pie, de forma exagonal, que sostienen emblemas de la pasión. Cuesta 1.000 pesetas, y va colocado en un elegante estuche de nogal y raso.

Al pie del cáliz lleva la inscripción siguiente:
A la Santidad de León XIII, Pontífice Máximo, en su Jubileo Sacerdotal. La Diócesis de Ibiza, 1887.

Se ha despachado por la aduana de Cádiz un precioso estuche en forma de estante. Tiene diez cajonitos, en cada uno de ellos hay cincuenta cigarros habanos. Estos están artísticamente colocados y guardando el orden de las monedas de oro, plata y cobre, ó hallándose rodeado cada cigarro por un anillo con el retrato de Su Santidad León XIII. El estuche está dedicado á éste, con motivo de la celebración de sus Bodas de Oro, y es regalo de Don Pedro Roder, dueño de la fábrica de tabacos *La Rosa de Santiago*.

El Cabildo de Zamora, además de 2.000 pesetas que envía á Su Santidad con motivo del Jubileo, lo hace de una caja tabaquera que conservaba entre sus muchas y antiguas alhajas; es de oro, con preciosos esmaltes, de forma ovalada y con otros círculos de diamantes, que cuenta cuarenta, y otro inferior, vacío como para retrato ó dedicatoria (que es lo que se hará poner) con otros veinticinco en la misma tapa, todo colocado en un estuche de lujo, que se encargó al efecto; no dejará de llamar la atención por lo original este presente, que llevará aquel Prelado. No se sabe su procedencia; pero será probablemente de alguno de los dos Cardenales Mella ó Valdés, Obispo de dicha provincia, que vivieron siempre en Roma, y dejaron, en especial Valdés, casi todo al Cabildo.

NOTICIAS

Con gran solemnidad é inusitada pompa celebró el domingo último la Real Academia de Jurisprudencia en la Iglesia Catedral el restablecimiento de la función religiosa en honor de su excelsa patrona la Inmaculada Concepción, bajo cuya advocación fué instituida en el año 1742 la Junta práctica de Leyes, que más tarde, por Real cédula de 23 de Junio de 1773, se tituló Real Academia de Jurisprudencia práctica de la Purísima Concepción.

Esta Academia y la Real práctica de Santa Bárbara, fundada en 1730 y declarada oficial por la pragmática del rey Carlos III de 20 de Febrero de 1763, han sido las predecesoras de la actual Real Academia de Jurisprudencia, que en recuerdo de sus tradiciones ha seguido ostentando en su escudo y medalla la imagen de la Purísima Concepción.

Ofició de pontifical el Sr. Obispo de Madrid-Alcalá, asistido de todo el Cabildo Catedral, y predicó el académico, profesor y catedrático de la Universidad Central Sr. D. Benigno Cafranga.

La orquesta estuvo dirigida por el maestro de capilla de la Catedral Sr. Moreno, llegado recientemente de la Catedral de Burgos, é interpretó una solemne misa del Sr. Hernández, maestro de capilla del Buen Suceso.

Los dos lados de la nave central y el crucero de la derecha habían sido reservados á las familias de los académicos.

En representación de la corporación, ofrecieron

el agua y la toalla al Sr. Obispo los académicos, señores marqueses de Vadillo y duque de Ripalda, y acompañaron hasta el púlpito al predicador señor Cafranga los catedráticos de derecho señor marqués de la Merced y Moret y Remisa.

Presidió el acto el Sr. Carvajal (D. José), presidente de la Academia, y entre la concurrencia, que era numerosa, vimos á los Sres. Aguilera (D. Alberto), Pisa Pajares, Urquiola, Danvila, Palau, Hinojosa (D. Juan), Rolland, Díaz Moreu, Díaz Merry, López (D. Juan), Maluquer, Cavanillas y otros.

Hallábase el Sr. Cura de San Andrés de las Perieras, D. Mariano Lestón, en la noche del sábado 5 de Noviembre, conversando tranquilamente con un feligrés de su parroquia, cuando de repente penetraron por el tejado cuatro malhechores, que apoderándose del labrador y de la criada, los envolvieron en mantas, maltratando cruelmente á la criada. Abalanzáronse después al Sr. Lestón y á su hermana Doña Teresa, y les quitaron 14 duros, único dinero que poseían.

Al ver aquellos malvados el exiguo resultado de su crimen, comenzaron á martirizar á sus dos víctimas de una manera tan feroz, que recuerda los horribles tormentos que sufrieron en los primeros siglos los cristianos. Introdujéronles hierros candentes por la boca; arrojáronles aceite hirviendo; les pellizcaron, lesionaron y mutilaron algunos miembros de sus llagados cuerpos; los arrastraron por los cabellos, los llevaron finalmente á un caserío, donde con varios troncos que allí había, encendieron una hoguera, en la que arrojaron aquellos mártires para rematarlos, huyendo después contentos de su salvajismo. Pudo la criada desenvolverse de sus ligaduras, dió voces pidiendo socorro, y acudiendo los vecinos, hallaron casi moribundos al Sr. Cura y su hermana Doña Teresa.

Ha muerto después el Sr. Cura sin querer revelar los nombres de los criminales, y se ha sabido posteriormente, que cuando aquellas fieras humanas lo maltrataban más, dirigiéndose á su hermana la decía: « ¡Perdónalos, Teresita; perdónalos! ¡Pobrecillos! ¡Que Dios les toque en el corazón y se arrepientan... pues bastante tienen con el peso de su crimen! » Y el alma del buen Cura, del santo mártir, voló á los cielos. Su hermana daba pocas esperanzas de vida, según la *Gaceta de Galicia*.

Fuera de la Iglesia católica no se conocen ejemplos de mansedumbre de este orden.

En la Aguilera, provincia de Burgos, se ha instalado una comunidad de Franciscanos, ocupando el célebre y monumental convento de San Pedro Regalado.

El día 30 de Noviembre se verificó en Calahorra la apertura de las escuelas del Círculo de Obreros bajo la presidencia del Sr. Provisor y Vicario general, en representación del Ilmo. Sr. Obispo, que no pudo asistir por hallarse enfermo.

Comenzó el acto por una sinfonía muy bien ejecutada por una banda de música, la que además amenizó con sus acordes todos los intermedios. Don L. Olazabal leyó una bien escrita y amplia Memoria de los pasos que había dado el Círculo hasta llegar á la inauguración de sus escuelas. D. Javier Zunda, Beneficiado de la Santa Iglesia Catedral, hizo un buen discurso inaugural, enalteciendo las excelencias de la institución. El Presbítero D. Joaquín García, fiscal eclesiástico general de la Diócesis, recitó una bella composición poética dedicada á la instrucción, que tiene el Círculo por uno de sus objetos. El señor vicepresidente de la Junta directiva, D. Leonardo Subero, dió lectura á un escrito muy oportuno combatiendo algunas preocupaciones contra el Círculo, y haciendo un expresivo llamamiento á todos los jóvenes obreros. Y, por fin, el señor Provisor y Vicario general, en nombre de S. E. I. declaró abierto el curso escolar del Círculo de 1887 á 88, levantándose la sesión con grandes demostraciones de entusiasmo por parte del gran número de obreros concurrentes.

Según leemos en el *Boletín del Apostolado de la Oración*, de Gerona, con motivo de la construcción del templo que en honor al Sagrado Corazón de Jesús se levanta en aquella ciudad, han ingresado en caja 23.231,03 pesetas, de las cuales se han gastado 19.299,64, quedando aún en existencia 3.931,39 pesetas. El aspecto general que en la actualidad presentan las obras da ya una idea exacta de la magnificencia que se desplegará en la construcción del edificio.

En los talleres de D. Aquilino Amezuza, de Barcelona, se ha verificado ya la prueba del órgano eléctrico destinado á la capilla de la Virgen de los Des-

amparados, de Valencia. Todo el mecanismo del instrumento está movido por medio de la electricidad. Los cuerpos principales, á saber, el grande órgano, el positivo, las contras y los teclados ocupaban cinco puntos distintos del gran salón donde se hizo la prueba, unidos y relacionados los cuatro primeros por medio de cables eléctricos, montados por la Sociedad anglo-española de electricidad, producida ésta por sencillas pilas. Este sistema eléctrico hace que el mecanismo sea sumamente sensible á los menores movimientos del teclado y de los registros.

El órgano está dispuesto en la forma que acabamos de expresar, á fin de ocupar locales distintos, de suerte que tocando un solo organista en un mismo sitio dos teclados, hace oír dos órganos distintos, colocado cada uno en un punto diferente del templo. Los alambres eléctricos que pasan por medio de cables por el suelo mueven todo el mecanismo y hasta las puertas de expansión de los registros, y por medio de un nuevo mecanismo se hacen los crescendos y diminuendos, sin necesidad de ningún pedal.

BIBLIOGRAFIA

Los guerrilleros de 1808, historia popular de la guerra de la Independencia.

Sólo la empresa acometida por el Sr. Rodríguez Solís es digna del mayor encomio y no seremos nosotros, que de buenos españoles nos preciamos, los que dejemos de tributarle el aplauso que de justicia le corresponde.

El popularizar hasta donde sea posible la guerra de la Independencia, llevando al conocimiento de todos esa hazaña de una Nación que, resulta en los anales del mundo la más grande que país alguno jamás realizara, es un acto que por sí solo tiene derecho á la benevolencia y al apoyo de todos cuantos amen la patria española.

Después de todo, ¿qué hay que sea una parte más primordial de eso que se llama *la patria* que su historia? Ella hace á los hombres, hijos del pueblo aquel, con quien realizan los grandes hechos que la forman.

Colón nació en Italia, empero el descubrimiento del nuevo mundo lo hizo español.

No hay quien, al ocuparse de este suceso importantísimo de la historia del universo, no diga que á América la descubrieron los españoles, y es verdad. Y también es verdad que á América la descubrió Colón, buscando las Indias.

También los españoles vencieron por primera vez las legiones de Napoleón, enseñando á Europa asombrada, que no eran *invencibles*, en la memorable batalla de Bailén que aunque mandada por Castaños y librada con el plan que él concibiera tiene una figura que se destaca sobre todas las de aquellos héroes, y esta figura es la de D. Teodoro Reding, suizo al servicio de España, y que al contener con la división que acaudillaba al ejército de Dupont, dando lugar á que se desarrollara esa primera página de la independencia europea que se llama *batalla de Bailén*, lo funde la historia como á Colón, con el pueblo con quien la llevó á cabo.

Pero vamos al libro de que nos ocupamos. El asunto entraña una fuerza de interés tan grande, y son tan maravillosas la mayoría de sus relaciones, que no ha necesitado el Sr. Rodríguez Solís más que hacer la crónica de tales hechos, con su fácil y correcto lenguaje, para que resulte el libro *Los guerrilleros de 1808* uno de esos que entretienen, como la mejor novela de Walter Scott, enseña á la par al lector el período más brillante y de mayor importancia que encierra la historia del mundo en el presente siglo.

Después de ver los nueve cuadernos de esta obra que hasta la fecha van publicados, se empieza á comprender mejor todo lo grandioso de la conducta de España en aquel momento histórico, en que, vencidos cuantos elementos militares tenían los imperios más poderosos del mundo, domadas y sujetas á la voluntad de Napoleón todas las dinastías reinantes, incluso la española, se levanta enfrente de él el pueblo de Madrid, y tras del pueblo de Madrid el de España entera, y cerrando el paso á aquel torrente de victorias, da comienzo á esa gloriosa lucha que fué el principio del fin, del hasta entonces invencible poder napoleónico.

A esta santa reconquista de la independencia de su patria, su religión y su rey, se lanzan los guerrilleros españoles, de que principalmente se ocupa el Sr. Rodríguez Solís en su *Historia popular de la Guerra de la Independencia*.

En ella ve con asombro el lector, por muy acos-

tumbrado que se encuentre á la idea de los prodigios que realizaron los guerrilleros por entonces, las artes y valor con que hicieron esta originalísima campaña y con que humillaron á aquellos mariscales del imperio que venían de dominar el mundo, hombres como el modesto Cura de aldea D. Jerónimo Merino, Juan Martín *el Empecinado*, Mina y tantos y tantos otros que en todas las comarcas, sin más elementos que su amor á la patria y su fe en Dios y en la buena causa que defendían, arremetieron contra el inmenso poderío de Napoleón y no cesaron hasta dar con el coloso en tierra.

En nuestra pobre opinión, la obra de que nos ocupamos tiene dos defectos: sobra de noticias geográficas, estadísticas y de historia antigua de muchas provincias de España que fueron teatro de las hazañas de nuestros guerrilleros, y falta de desarrollo en las narraciones de estas mismas hazañas, que son el verdadero asunto del libro.

Tampoco estamos conformes con el Sr. Rodríguez Solís en las apreciaciones que hace de ciertos actos. Mas nuestro sentimiento de españolismo se encuentra tan en armonía con el que respira por todas sus páginas este libro, que por la ley aquella de que *fuerza mayor quita menor* no queremos ni ocuparnos de esto.

La laboriosidad que revela en el autor de tan importante trabajo es infinita, puesto que los hechos se sucedieron en los años de 1808, 1809 y 1810, con una rapidez grandísima y en un número prodigioso. Depurarlos por medio del estudio, y hacer su historia después, representa una tarea que no está á la medida de todas las fuerzas. Con gusto vemos que el Sr. Rodríguez Solís las tiene de sobra para llevar á feliz término obra tan patriótica, por la que merece el aplauso de todos cuantos amen las glorias nacionales.

E. BENJAMÍN.

NECROLOGÍA

Recientemente han fallecido:

En Torrelavega, el Párroco D. Francisco González Linares.

En San Martín de Calvos de Sobrecaminos, el Párroco D. Pedro Mecías Codesido.

En Santa María de Cesar, el Párroco D. Mauro Santiso.

En Santiago, el Canónigo de aquella Catedral D. Vicente Peña.

En San Sebastián, el Presbítero D. Francisco Cantín.

En Cabrereros del Río, el Párroco D. Francisco Carreño Montiel.

En Madrid, D. Valentín Ruiz Vivar, Cura propio de la parroquia del Salvador y San Nicolás.

En Soller, el exclaustro Fr. Francisco Castañer y Gamundi.

Si alguna duda pudiera abrigarse sobre la utilidad del seguro sobre la vida, practicado en una Compañía sólida y acreditada como el *Banco Vitalicio de Cataluña*, la dispararía completamente la lectura de las relaciones de siniestros que publica cada trimestre el *Boletín oficial* de dicha Sociedad. En uno de sus últimos números da cuenta del pago de 5.000 pesetas á Doña Manuela Aseio, madre y beneficiaria del virtuoso joven y sabio Doctor D. Inocencio José Grasa y Aseio, Vicerrector del Seminario Conciliar de Huesca. Recomendamos á nuestros lectores el estudio de tan sabia institución y de las utilísimas combinaciones que efectúa el *Banco Vitalicio de Cataluña*.

JABÓN REAL VIOLET JABÓN
de THRIDACE 29, B¹ des Italiens, PARIS VELOUTINE
Recomendados por autoridades médicas para higiene de la piel y belleza del color.



ARTICULOS RELIGIOSOS

25, Preciados, 25

(Frente á la Plaza del Callao)

ESTATUAS RELIGIOSAS

OBJETOS DE ARTE

Especialidad en adornos y recuerdos para cementerios, muy principalmente en coronas fúnebres, todo procedente de las primeras fábricas de París y Viena.

25, Preciados, 25, Madrid.

Tip. de los Huérfanos, Juan Bravo, 5. — Teléfono 42).